



Retrato del Dr. Ferraz, pintado por don Tomás Povedano, y obsequiado a la Casa España por el Ministro don Luis Quer Boule

MARIO SANCHO

EL DOCTOR FERRA

SU INFLUENCIA EN LA
EDUCACION Y EN LA CULTURA DEL PAIS

CONFERENCIA DICTADA EN LA CASA ESPAÑA
LA NOCHE DEL 21 DE AGOSTO DE 1934.



IMPRENTA LA TRIBUNA
SAN JOSE, COSTA RICA
1934

A la Colonia española y
especialmente a su actual jefe
el Excmo. Señor Ministro de
España en Costa Rica don
Luis Quer Boule,

y

a mis alumnos del Colegio de
San Luis Gonzaga de Cartago.

M. J.

Señoras y Señores:

Se ha hablado en esta casa con sabiduría y elocuencia de una mística doctora del siglo diez y seis, nacida para gloria de las letras españolas en la altiplanicie castellana, y se nos ha dicho que su ejemplo podría quizás servirnos de directriz en el presente desconcierto del mundo, trayendo a nuestras almas la espiritualidad que les hace falta.

Se ha hablado también de capitanes y de poetas peninsulares que por aquellos mismos tiempos extendían en América el poderío español o doraban con destellos de arte las picas y las espadas de esa conquista, y se ha propuesto también a nuestra admiración la España épica y guerrera.

Yo vengo ahora a hablarles a ustedes de otra España, para que se vea que el país que otrora nos envió frailes para adoctrinarnos en su ideal religioso, y guerreros y gobernadores para imponernos sus disciplinas políticas, nos ha mandado también en nuestros días maestros para ganarnos a los ideales modernos de la cultura. Uno de esos maestros fué el doctor don Valeriano Fernández Ferraz, cuyo retrato orna, gracias a la generosidad del actual Ministro de España en Costa Rica, el Excelentísimo señor Don Luis Quer Boule, la casa donde estamos.

Las páginas que voy a leer constituyen el primer capítulo de un libro en preparación sobre aquel egregio maestro.

EL DOCTOR FERRAZ

SU INFLUENCIA EN LA EDUCACION Y EN LA CULTURA DEL PAÍS

Bien se nos alcanza que otros eran los llamados a escribir esta monografía sobre el Doctor Ferraz, la cual ha de salir de nuestras manos tan insuficiente e indigna de aquel grande hombre como completa y adecuada al objeto de honrar su memoria, si hubiera sido escrita por alguno de sus más antiguos y distinguidos discípulos. Tomamos pues sobre nosotros esta tarea conociendo nuestra poca o ninguna idoneidad para ella, y lamentando que no fueran los primeros en recibir el beneficio de sus enseñanzas, los primeros también en pagar la deuda con el Maestro en la forma que más grata le hubiera sido a él. Lástima en verdad que ni un Don Ricardo ni un Don Cleto que conocieron al Doctor de joven, recién llegado de España y en la plenitud de sus facultades, no nos hayan dado todos los detalles curiosos sobre su personalidad y todos los datos interesantes sobre sus primeros años de labor que saben. Especialmente los recuerdos del hijo de don Jesús Jiménez, cuya casa brindó hospitalaria acogida a Don Valeriano al llegar al país el año 69, serían para nosotros de gran precio. Por desgracia, ni Don Ricardo ni don Cleto nos han hablado del Doctor con el despacio que tan ilustre personalidad merece. Aunque confesándose sus deudores, nunca se han referido a él sino incidentalmente y a veces hasta callando su nombre. Don Ricardo, por ejemplo, en la discusión que sostuvo desde Washington en enero de

1886 con el Doctor Muñoz, al hablar del Colegio de Cartago, dice: «Allí hice mis primeros serios estudios; desde allí vi destacarse ante mi vista, por primera vez, los horizontes infinitos de la ciencia; y allí también, por primera vez, gocé las inefables fruiciones que el arte vierte en nuestra alma. Le soy deudor, pues, de la iniciación en aquellas únicas cosas que dan precio a la vida, y no es de extrañar entonces que mire con interés profundo, con piedad filial, todas las vicisitudes del Colegio de Cartago, mi Alma Mater». Frases ciertamente hermosas, pero en las que no hay una palabra, pero ni siquiera mención del nombre del Maestro, fundador de esa Alma Mater. Diríase que don Ricardo había visto desarrollarse esos infinitos horizontes de la ciencia y había sentido esas primeras fruiciones del arte de que habla, sin ayuda de nadie, sin que alguien le revelara aquellos horizontes ni le ayudara a sentir esas fruiciones.

Don Cleto, al fin hombre de humor más efusivo y reminiscente que su ilustre condiscípulo, cuantas veces ha tenido que rememorar sus estudios de segunda enseñanza, ha manifestado más cordialidad por el Doctor. Así, en la semblanza que dedicó al primer Presidente Jiménez, al referirse a los empeños de aquella administración por la enseñanza secundaria, escribe: «El país entero sabe que vino entonces el venerable Maestro Doctor Ferraz y sabe también que por las aulas del Colegio de Cartago, que aun perdura, desfilaron miles de jóvenes costarricenses y de otras nacionalidades, muchos de los cuales han figurado en primera línea en todas las esferas de la actividad. Ese Colegio—que no puedo recordar sin sentir una dulce emoción, como que trae a mi memoria los días felices de mi adolescencia,—fué el primero que se constituyó en Costa Rica en edificio adecuado, con un cuerpo completo de profesores, con suficientes recursos, y con un plan fijo y metódico de instrucción. Y todavía el Doctor Ferraz, encorvado de cuerpo, pero joven y esbelto de espíritu, sigue dándonos sus sabias lecciones desde la tribuna de la prensa, que le sirve hoy de cátedra, obligado como fué por sucesos posteriores a abandonar el campo de la enseñanza».

No hace mucho, con ocasión del homenaje que el Colegio de San Luis tributó a sus dos graduados más notables confirmándoles sus títulos de Bachiller *magna cum laude*, escribió Don Cleto también una bella carta llena de veneración para el viejo preceptor de su estudiosa juventud.

Recordemos asimismo, para ser justos, a Don Manuel

de Jesús Jiménez entre los discípulos que han honrado de palabra, a más de por sus méritos de notable escritor, la memoria de Don Valeriano. Fué en efecto Don Manuel de Jesús, su más antiguo alumno, quien por encargo del Comité organizador hizo el ofrecimiento del homenaje que rindió la Nación entera al Doctor en abril de 1913, rememorando con su habitual galanura académica la circunstancia de haber sido él algo así como el lazarillo de Don Valeriano en los primeros días de su llegada a Cartago.

También Don Alfonso Jiménez, otro distinguido discípulo suyo, aunque no de aquel tiempo sino de una época algo posterior, ha esbozado en el segundo de sus artículos sobre la historia de la ciudad de San José una rápida visión del gran universitario español tal como era cuando llegó a hacerse cargo de la dirección del Instituto Nacional. HeLa aquí: «Vaga inquietud y un tanto de tristeza embargaban mi ánimo el domingo 5 de enero del año de 1879, víspera de la apertura del curso académico. Paseábame solo por los alrededores de la estación del ferrocarril central, a la tarde, cuando fijé mi atención en un caballero que, en compañía de un jovencito, salió de aquélla momentos después de la llegada del tren de Cartago y se encaminó a pie hacia la ciudad. Por el aspecto nada común del caballero y su tipo marcadamente europeo, pensé que bien podía ser el Doctor Ferraz, y así se lo manifesté a mis padres. En efecto, lo era. Al día siguiente pude comprobarlo. El jovencito era Nicolás Oreamuno, sobrino carnal de la señora esposa del Dr. Ferraz, y venía a hacer sus estudios de segunda enseñanza en el Instituto».

Sin embargo, después de leer estas reminiscencias, no creemos exagerar si decimos que la figura del Doctor no aparece en ellas con todo el relieve que deseáramos. Les hace falta detalles personales, anécdotas sobre su vida íntima, noticias sobre sus costumbres y gustos, impresiones acerca de su modo de ser y de hablar, en fin, todas esas cosas que parecen minucias y que constituyen, sin embargo, la personalidad de un individuo. Nadie espere que nosotros podamos suplir en lo que nos proponemos escribir esta deficiencia. A tanta distancia resultaría, aun para persona de mayores recursos que los nuestros, muy difícil si no imposible, un trabajo de resurrección apoyado únicamente en datos de periódicos de la época y cuando más en el recuerdo desvaído y no pocas veces desordenado de las pocas personas contemporáneas de aquellos sucesos que aun viven. Poco puede hacerse con tales materiales cuando falta el elemento perso-

nal, la visión directa del hombre y del medio. La imaginación más despierta y mejor instruída se arredra, como de empresa demasiado ardua, de aquello que tan fácil y deleitoso resulta a la memoria. Claramente vemos ahora esta verdad: el trecho que puede andarse a la luz de los recuerdos propios es suave, entretenido, grato, como paseo que no fatiga sino que recrea por el contrario cuerpo y espíritu; las dificultades empiezan más allá de donde nos alcanza la memoria.

Con todo, no nos hemos dado a partido. Hemos revuelto cuantos papeles viejos han caído en nuestras manos, y hemos conversado con cuantas personas creímos que podrían darnos alguna luz en el asunto. Allá en Cartago, con Doña Laurita Peralta, hija de Don Mauricio Peralta, Gobernador de la Provincia por los días en que arribó el Doctor a nuestros lares, y con el Coronel Don José María Sandoval, su alumno, de los de la primera camada, como él dice; aquí, con las señoras Espinach, a quienes el terremoto de 1910 desterró del terruño cartaginés, donde tenían la más hermosa casa de toda la ciudad.

Doña Laurita apenas si se acuerda de otra cosa que de los apuros de su padre con la llegada del Doctor y sus dos compañeros, el Licenciado Don José Moreno Benito y el Ingeniero Don Joaquín Sánchez Catalejo. En Cartago se había recibido la noticia de su arribo a Puntarenas el 13 de agosto del año 69, y el Gobernador había sido comisionado por el Ayuntamiento para recibirlos. En casa de don Mauricio todos, hasta su joven hija, participaban de su congoja, y esto, que de seguro no habían leído el acta de la sesión municipal en que se consignaba ese encargo y que dice:

«Art. 15.—Manifestó el Señor Gobernador de la Provincia que según está informado, los profesores contratados en Europa para el Colegio de San Luis Gonzaga de esta ciudad se hallan en Puntarenas y se acordó: autorizar ampliamente al Señor Gobernador de la Provincia para que dicte las medidas que estime convenientes a su recepción e instalación en un local cómodo y decente y les preste todos los auxilios que demandan su noble misión y su carácter de extranjeros; que asimismo contrate en un hotel o casa particular los alimentos de los Profesores; y por último que active la expropiación del solar de Doña Antonia Urrutia contiguo al Colegio de San Luis, y el de Doña Anacleto Ernesto si también se necesitase, según está ya dispuesto desde el año próximo pasado, pidiendo a la Dirección de Obras Públicas un plano de las nuevas construcciones; que también informe el

Señor Gobernador las providencias que a su juicio deban dictarse, para que lo más pronto posible den principio a sus tareas los Profesores y empiecen a hacerse sentir los beneficios que en el ramo de educación se promete la Municipalidad y vecindario con su venida, y que no duda la Corporación por la intervención y celo patriota que ha desplegado el Spmo. Gobno. en este asunto, que excederán a las esperanzas concebidas.»

Los arreglos para la comida de los Profesores españoles estaban ya hechos, pero, y ¿la dormida que se había dispuesto en el propio Colegio? Allí estaba la dificultad que traía desvelado y de mal humor a Don Mauricio. En toda aquella noble y leal ciudad no había más que un solo catre de hierro y el señor Peralta no hallaba qué hacer ni qué excusa inventar para disculparse con sus huéspedes. Su apuro llegó al colmo cuando les vió bajar de la diligencia, una de aquellas desvencijadas diligencias del catalán Pedro Manao que hacían el servicio entre la nueva y la vieja capital. ¡Todos ellos vestidos de levita y de sombrero de pelo! Era para morir de pena; pero lo mejor del caso es que cuando, pasados los saludos y las presentaciones de estilo, y pasada también la frugal cena que se les tenía preparada, fué hora de retirarse, el Doctor, a quien desde luego distinguieron con el dichoso catre, pidió que se lo cambiaran por una cama de pabellón para dormir al resguardo de mosquitos y otras posibles sabandijas. Y aquí paran los recuerdos de Doña Laurita, porque es como ella dice: yo entonces era demasiado niña, y niña de aquel tiempo, es decir, demasiado recogida para enterarme de las cosas que pasaban fuera del radio de mi casa, y ahora soy demasiado vieja para acordarme de ellas.

Don José María Sandoval también nos ha dado algunos datos curiosos. El año 70 que se inauguró el Colegio,—pues en el anterior no había habido tiempo más que para organizar un curso preparatorio de tres meses y hacer exámenes de admisión,—Sandoval entró a primer año con Jenaro Bonilla, Ramón Acuña, Cleto González Víquez, Rafael Yglesias, el panameño Wenceslao de la Guardia y Rigoberto Cabezas, el gran nicaragüense y futuro conquistador de la Mosquitia, entre muchos otros compañeros, 68 por todos. El segundo año era también bastante numeroso. Entre los 60 matriculados nombraremos, como más conocidos, a José Cabezas, Ricardo Jiménez, Juan J. Ulloa, Ramón Castro y Samuel Uribe. Para el tercero se matricularon sólo seis: Jesús Kurtze,

Manuel de Jesús Jiménez, Juan de Dios Trejos, Juan Rafael Mata y Teodoro Solano de Nicaragua.

Las actividades académicas se inauguraron a principios de enero con mucha solemnidad. Asistió el Presidente Don Jesús Jiménez y el Ministro del ramo, su hermano Don Agapito. La crónica de la inauguración, publicada en la Gaceta, confirma estos informes. Por ella sabemos que el discurso del Director «produjo indecible entusiasmo en el alma de los oyentes», y que después de este discurso leyeron los suyos el Canónigo Penitenciario Don Francisco Calvo y el Cura de la Parroquia Don José Anselmo Sancho. Por último habló el señor Presidente, y terminado el acto la comitiva, presidida por las autoridades y acompañada de la banda de música, se fué a la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen a dar gracias al Todopoderoso. En la tarde los principales vecinos y funcionarios públicos fueron invitados a comer en casa del Doctor Don Epaminondas Uribe; allí, como era natural, hubo varios brindis, y en la noche, aquellos a quienes les quedaban ánimos y fuerza después de tanto jaleo, volvieron al Colegio, donde se celebró un baile que duró hasta las cuatro de la mañana. La sala de actos estaba iluminada, reza la crónica, «mediante la viva luz que proyectaba una improvisada lucerna en que ardían multitud de luces».

Otras cosas nos ha contado Sandoval. En aquel tiempo parece que había en Cartago más repiques que ahora, y como enfrente del Colegio estaba nada menos que la primitiva iglesia de San Nicolás, que luego echaron abajo los Jesuitas para levantar la suya sobre los planos del Padre Páramo, el ruido casi no dejaba dar clase. Este incesante campaneo enfurecía al Doctor casi tanto como la cerrazón mental de las gentes incapaces de darse cuenta de dónde estaba el interés de su hijos y mucho menos de cooperar en alguna forma a la obra de su educación. Aquí, decía, hay que empezar por educar a los mayores para luego desasnar a los pequeños. Entonces como ahora los padres de familia, en vez de ayudar al maestro, le ponían estorbos, aunque quizá entonces menos que ahora, porque si bien hemos ganado en punto a liberalidad y ya casi no hay quien abrigue malquerencias contra un profesor por recelos religiosos, por otro lado son muchos los que tienen vendas de carifio en los ojos para ver la razón que nos mueve a reprender algunas veces a sus hijos, y el caso del pater familias de antaño que enviaba al maestro una gallina adobada cuando había reprendido a su muchacho, es ya sólo una memoria del pasado. Ayer por una

cosa, hoy por otra, lo cierto es que todavía podemos repelir quienes al oficio de enseñar nos dedicamos, las palabras con que el Doctor Ferraz terminaba su discurso de inauguración del año académico del 72: «Mayor cooperación pudiera exigírseles a los padres de familia siendo tantos los medios, más o menos directos, con que la familia puede y debe auxiliar la obra del magisterio, y tantos asimismo los obstáculos que, sin dañada intención y solamente por deplorables errores involuntarios, se halla expuesta a suscitarnos; pero nos daremos todos por satisfechos, si hacen que los niños se acerquen a nosotros».

Fácil es imaginarse la lucha que hubo de sostener el Doctor contra un medio como el nuestro de aquella época, en que dominaba el atraso ideológico y el fanatismo clerical. Su labor, vista a la luz de estas consideraciones, adquiere caracteres de cruzada civilizadora tanto más meritoria cuanto que se realizó sin recibir estímulos de ninguna parte. Ni de éste ni del otro lado del océano había siquiera comprensión para sus esfuerzos. El Doctor parecía alentar, sin embargo, esperanzas y en el mismo discurso a que antes nos referimos se expresaba así: «Si no confiara yo en vuestro espíritu progresista y en las nobles aspiraciones que os animan respecto a la educación liberal de la juventud, no estaría ahora, por ningún caso, al frente del Colegio, ni menos me habría comprometido, bajo ningunas condiciones, por ventajosas que ellas fuesen, a dirigir dos años más este establecimiento, renunciando ipso facto a la honrosa y para muchos codiciada posición que de derecho me correspondía ocupar en la primera universidad de España. Pero si hay una España nueva, regenerada y verdaderamente emancipada de antigua y vergonzosa servidumbre, como la hay, (pese a quien pese, griten cuanto quieran la inepta garrulidad y la desatentada ignorancia), entiendo que nada puede ser para sus libres hijos más honroso y más cumplidero que contribuir de algún modo a la reforma que necesariamente debe operarse en la educación pública de estos países que siempre hablarán su propia lengua, y que así como sufrieron sus propios dolores y sienten las funestas consecuencias de su error y sus mismos vicios, así también participan de sus virtudes características y comunicarán siempre con su noble espíritu, reflejando según los tiempos sus luces más o menos claras, sin menoscabo alguno de su honrada personalidad política y de la independencia que valerosamente alcanzaron.»

Mas muy pronto los hechos vinieron a desengaño.

En efecto, ese mismo año, por real orden de 22 de julio, fué declarado Don Valeriano Fernández Ferraz sin derecho a pertenecer al Profesorado español, conforme a lo dispuesto en las reales órdenes de 8 de julio de 1869 y 7 de setiembre de 1870, por no haberse presentado a servir su cátedra de Lengua Árabe de la Universidad de Madrid, a pesar de haber terminado el primero de octubre último (1871) el plazo que se le concedía para tomar posesión de ella.

Doloroso y mucho hubo de ser este golpe para el Maestro, pero no lo amilanó y supo contestarlo con vigor en su revista LA ENSEÑANZA: «Creo que no había motivo para tanto..... ¿Sin derecho a pertenecer al profesorado español? Sin derecho a volver a la cátedra, a que oportunamente renunció el interesado, ya lo entiendo. Pero lo demás, y fundado en órdenes posteriores a la licencia concedida, parece fuera de razón, y acusa una deplorable estrechez de miras que apenas se comprende. Si el sujeto de quien se trata no fuera *tres veces profesor español*, por *tres rigurosas oposiciones*, que le llevaron, en nueve años, del Instituto de Jerez a la Universidad de Madrid,—y no de Real orden, como son esos funcionarios que aun pueden hacer y deshacer, siempre cargados de reales órdenes, en esto del profesorado—, si no fuera, como me consta, miembro activo del profesorado español, éste debería declararlo uno de sus miembros honorarios, en vez de rechazarlo de su seno de una manera tan inmerecida. Con todo, es de creer que al *botado* así del profesorado español, sin duda porque enseña en América para honra de España, no le faltará profesorado a que pertenecer».

Para el 72 el desarrollo del Colegio era notable. Cronológica y realmente tenía dos años más que cuando comenzó, pues a las tres secciones de antes habíanse agregado el cuarto y quinto años. Las asignaturas también habían aumentado, aunque, claro, no hasta el punto absurdo a que han llegado en nuestros días, y con las asignaturas los educadores y educandos. Notábanse además en el cuerpo de profesores algunos cambios de importancia. El Ingeniero Sánchez Cantalejo y el Licenciado Moreno Benito habían renunciado, y dos hermanos del Doctor, Don Víctor y Don Juan, venidos de España desde el primero de marzo del 71, habían tomado sus puestos (1). De España también acababa de llegar el Presbítero José Rodríguez Pérez, a hacerse cargo de las clases de religión y de otros menesteres, complaciendo así los ve-

hementísimos deseos del Honorable Ayuntamiento. Vehementísimos y ambiciosos como puede verse por el Artículo 36 de la sesión celebrada el 30 de junio de 1871 que vamos a copiar: «En atención a que es de vital importancia para la educación moral de los alumnos del Colegio de San Luis Gonzaga la presencia de un sacerdote católico en el establecimiento que les infunda sentimientos cristianos, les haga practicar la religión que profesamos, les dé ejemplo de virtud, sembrando así la semilla que ha de germinar más adelante e impidiendo el indiferentismo en materia religiosa; a que los padres de familia en su mayor parte desean que a sus hijos se les forme el corazón bajo los mismos principios religiosos en que fueron ellos educados; a que los sacerdotes del país, por sus muchas ocupaciones, no pueden consagrarse a la educación de la juventud en el Colegio; se acordó: Suplicar al Supremo Gobierno se digne contratar por medio de sus agentes en Europa a un sacerdote católico de edad proveya y de notoria virtud e instrucción bajo las bases siguientes:

Primera: Debe dedicarse exclusivamente a la enseñanza religiosa en el Colegio de San Luis Gonzaga y desempeñar a la vez el cargo de Inspector del establecimiento.

Segunda: Dará clases de Historia Sagrada, Moral y Latinidad y servirá la Secretaría del Colegio.

Tercera: Estará sujeto al reglamento del Colegio y a las demás disposiciones que dicte la Corporación relativas al establecimiento.

Cuarta: Dirá misa los domingos y días festivos a los alumnos del Colegio.

Quinta: Gozará del sueldo de cincuenta pesos mensuales de los fondos municipales, mesa y habitación en el Colegio, donde debe permanecer.

Sexta: El contrato durará por dos años prorrogables a voluntad de las partes.

También desea la Corporación que el sacerdote sea orador y como tal se le permitirá predicar en esta ciudad en las fiestas clásicas, siempre que no le distraiga del cumplimiento de sus funciones.»

El Doctor también había firmado por su lado un contrato con la Municipalidad en virtud del cual había recibido el edificio del Colegio con todos sus enseres y se había hecho cargo de su administración por su cuenta, obligándose, a cambio de una subvención municipal de 615 pesos, y otra del Gobierno de 200, a pagar de su peculio a los maestros y demás empleados. Con tan modestos subsidios, más las

entradas del internado, matrículas y pago de clases de adorno, el Doctor se las arreglaba para todo, hasta para admitir una pensión gratis por cada treinta pensionistas de a quince pesos per cápita, obsequiar premios según reglamento y publicar además un boletín mensual del Colegio. La única parte del convenio que no cumplía era la de dar él o alguno de sus colegas una lectura pública todos los domingos.

Pero el Colegio iba bien, los muchachos adelantaban y las pruebas de exámenes satisfacían aún a los más exigentes réplicas (2). No le faltaban, sin embargo, a su director malas voluntades, hasta el punto de que en setiembre del año 72 a que hemos venido refiriéndonos se veía obligado a contestar una demanda de rescisión presentada a nombre del nuevo Municipio por el Agente Fiscal de Cartago. La rescisión no prosperó entonces, pero al vencerse el contrato a fines del año siguiente los munícipes no quisieron renovárselo, alegando que aquella concentración de autoridad en lo económico y en lo pedagógico era inconveniente al mantenimiento de la disciplina. En la imposibilidad de llegar a un acuerdo, y después de haber estado cerrado el Colegio por espacio de un año, vino a regentarlo el ilustre expresidente Don Jesús Jiménez con la colaboración siempre de los señores Ferraz. Don Jesús no estuvo más que un año al frente de la Dirección, y el 76 el Colegio fué a parar a manos de los Reverendos Padres Jesuítas con gran contentamiento de los cartagos.

Pero dejemos a un lado estas cosas y, volviendo al punto de partida de nuestros recuerdos, oigamos lo que tienen que decirnos las señoras Espinach, quienes son hoy, sin duda, las personas que mayor trato tuvieron con los profesores españoles recién llegados a Cartago. Muy a menudo solían estas señoras organizar veladas musicales en su casa. Las tres, Doña Merceditas, Doña Teodora y otra hermana, Doña Rosa, ya muerta, eran muy amigas de la música, al punto que su salón era famoso casi tanto como su jardín en que había toda clase de flores de continuo rociadas por una graciosa fuentequilla de bronce. En ese salón se tocaba piano, se cantaba, se decían versos y se conversaba de cosas bellas, mientras que en las demás casas de la vieja ciudad, una vez consumido el chocolate, rezado el rosario o a lo más echado una manita de naipes y una habladita del prójimo, se dormía beatíficamente. Las Espinach hablan todavía con entusiasmo de esas veladas y de las distinguidas maneras y buen pare-

entradas del internado, matrículas y pago de clases de adorno, el Doctor se las arreglaba para todo, hasta para admitir una pensión gratis por cada treinta pensionistas de a quince pesos per cápita, obsequiar premios según reglamento y publicar además un boletín mensual del Colegio. La única parte del convenio que no cumplía era la de dar él o alguno de sus colegas una lectura pública todos los domingos.

Pero el Colegio iba bien, los muchachos adelantaban y las pruebas de exámenes satisfacían aún a los más exigentes réplicas (2). No le faltaban, sin embargo, a su director malas voluntades, hasta el punto de que en setiembre del año 72 a que hemos venido refiriéndonos se veía obligado a contestar una demanda de rescisión presentada a nombre del nuevo Municipio por el Agente Fiscal de Cartago. La rescisión no prosperó entonces, pero al vencerse el contrato a fines del año siguiente los munícipes no quisieron renovárselo, alegando que aquella concentración de autoridad en lo económico y en lo pedagógico era inconveniente al mantenimiento de la disciplina. En la imposibilidad de llegar a un acuerdo, y después de haber estado cerrado el Colegio por espacio de un año, vino a regentarlo el ilustre expresidente Don Jesús Jiménez con la colaboración siempre de los señores Ferraz. Don Jesús no estuvo más que un año al frente de la Dirección, y el 76 el Colegio fué a parar a manos de los Reverendos Padres Jesuitas con gran contentamiento de los cartagos.

Pero dejemos a un lado estas cosas y, volviendo al punto de partida de nuestros recuerdos, oigamos lo que tienen que decirnos las señoras Espinach, quienes son hoy, sin duda, las personas que mayor trato tuvieron con los profesores españoles recién llegados a Cartago. Muy a menudo solían estas señoras organizar veladas musicales en su casa. Las tres, Doña Mercedes, Doña Teodora y otra hermana, Doña Rosa, ya muerta, eran muy amigas de la música, al punto que su salón era famoso casi tanto como su jardín en que había toda clase de flores de continuo rociadas por una graciosa fuentecilla de bronce. En ese salón se tocaba piano, se cantaba, se decían versos y se conversaba de cosas bellas, mientras que en las demás casas de la vieja ciudad, una vez consumido el chocolate, rezado el rosario o a lo más echado una manita de naipes y una habladita del prójimo, se dormía beatíficamente. Las Espinach hablan todavía con entusiasmo de esas veladas y de las distinguidas maneras y buen pare-



Casa de las señoras Espinach, en Cartago, destruida por el terremoto de 1910



Fachada del antiguo Colegio de Cartago

cer de los tres pedagogos españoles. Parece, sin embargo, que el Doctor, aun cuando le placían esas tertulias, las frecuentaba menos que los otros. Era un hombre demasiado absorbido en el estudio, y la lectura constituía su única pasión. Ya desde entonces, nos cuentan sus amigas, usaba anteojos y una barba negra muy hermosa. Por su gentil y descollada altura parecía flaco, y por el ensimismamiento en que se vivía, pensando hasta cuando andaba por la calle, resultaba distraído y daba a los cartagineses, poco familiares con tal clase de personajes, la impresión de orgulloso.

Fuera de sus clases y de sus libros, pocos alicientes podía ofrecerle la vida de nuestra antigua metrópoli a un hombre como él, acostumbrado a alternar en los círculos universitarios y en las peñas literarias de Madrid y de Sevilla. En verdadera soledad de afectos y de pensamiento pasó año y medio, hasta que llegaron a reunírsele sus hermanos. Don Víctor dicen que también era buen mozo. Don Juan, en cambio, no llamaba por allí la atención; era de color morena y de facciones un poco desapacibles, quizá duras; usaba siempre un bastón y unas gafas que no lograban velar la fulguración adusta de sus ojos ni la rispidez de sus pobladas cejas.

Estos tres canarios, en humor y catadura tan diferentes entre sí, dueños de ideas y maneras tan extrañas al medio cartaginés, tienen que haber llamado poderosamente la atención a nuestros coterráneos, sin lograr, por supuesto, ser entendidos y apreciados sino de muy pocos en todo lo que valían y mucho menos en lo que sus empeños de cultura iban a significarle al país. Por el contrario, en no pocos despertaban ese sentimiento hostil contra el extranjero de mentalidad y costumbres diferentes, tan propio de los pueblos pequeños, y para que se vea que no exageramos, aquí van estos versos, que en aquellos días atribuyeron unos a Don Chico Ulloa Mata, otros al Padre José Brenes, cura maligno pero muy agudo y popular que, con sus otros dos hermanos, también curas y malignos, se ocupaba más de satirizar y sembrar cizaña que de los deberes de su ministerio:

Parlan sin fin Chepe y Beltrán
Del bailarín Alcarabán
Tin-tin-rin-tin, Tin-tin-rin-tan

¿Quién es aquel dejadote
Que a nadie saluda al paso?
Don Descortés Lanzarote,

Yerno de Don Birrisazo.
Quiere danzar y echa trote,
Como el manso y fiel rocín
De su paisano el Quijote.

¿Quién es aquel caballero
De antiparras y bastón,
Que pretende, vocinglero,
Haber sido el mensajero
De la civilización?

Dí, ¿lo conoces, Beltrán?
Pues debieras conocello
Que en la frente lleva el sello
De la raza de Canaán.

¿Y aquel otro estiradillo,
Afeminado y gritón,
Que tiene mondo el bolsillo
Y seco ya el corazón?

Don Valeriano, algún tiempo después de llegado, comenzó a visitar la casa de Don Eusebio Ortiz con quien de seguro había hecho conocimiento cuando se formalizó su contrato con la Municipalidad, por ser entonces Don Eusebio regidor del Honorable Ayuntamiento, a más de vecino distinguido y muy considerado por sus cristianas virtudes y no escasa hacienda. Desde luego que apenas si habrá necesidad de decir que esas visitas no eran exactamente para el dueño de la casa, en cuya conversación poco interés había de hallar nuestro sabio humanista. Se trataba, fácil es adivinarlo, de la hija de Don Eusebio, la gentil Lucía, quien tampoco tenía a la verdad muchas letras, pero era en cambio una de las muchachas más guapas y decidoras de Cartago, hasta el punto de haber conseguido con sus románticos encantos distraer al Doctor de sus preferencias clásicas. Y en amor acabó lo que empezó siendo un afán de propagación de la cultura hispánica, y gracias a las travesuras de ese endiablado diosencillo que desbarata y edifica a su capricho los planes de los hombres más serios, Don Valeriano se casó con la niña Lucía y quedó desde aquel momento vinculado por siempre a la vida costarricense, porque si es cierto que en 1882 le vemos abandonar el país, es para regresar ya definitivamente, después de una rápida visita a España y una corta permanencia en Cuba, donde ganó la cátedra de Historia de la Filosofía y desempeñó también las de Griego y Metafísica.

Costarricense fué de verdad el Doctor, costarricense por su apego al país, costarricense empero de excepción, porque lo fué únicamente en aquello que este gentilicio tiene de bueno; no así en sus debilidades y defectos. Nada en efecto más distinto del carácter tico que su recio temple de alma, ni más contrario a la cobardía ambiente que su peregrina franqueza. El Doctor no era hombre de aquellos que hablan según las circunstancias y de quienes ha dicho Eurípides que tienen como dos lenguas, una para manifestar lo que piensan y otra para hablar lo que conviene que se diga. No, lo que él creía en su fuero interno, eso mismo proclamaba en público con voz varonil en que no se sentía el miedo ni asomaba ninguno de nuestros socorridos eufemismos. Todo cuanto hablaba y escribía llevaba un sello de indudable sinceridad y así se explica que se pasara la vida peleando siempre contra todo lo que le parecía malo. No se avino jamás, verbi gracia, a ver caminar a nuestra Enseñanza, acéfala como otro San Dionisio, sólo que sin ninguna ayuda divina, a diferencia del legendario obispo de París. Tampoco le satisfizo ver a una Escuela, «la más sobrante, según opinión harto generalizada, viviendo del cadáver de otras Facultades» y acaparando con injustificado exclusivismo a la mayoría de nuestros jóvenes. Contra los que en nuestro medio inerte y egoísta profesan el principio de los frailes de antaño, *non movere quieta*, él se irguió siempre airado acusándoles de «no abrir las puertas de otras carreras a la juventud y de mantenerla encerrada por Tribonianos vulgares entre la Instituta y los Procedimientos y, sobre todo, en la Filosofía del Derecho, de buenas a primeras, sin Derecho ni Filosofía previamente estudiados, como sucede entre estudiantes que toman las cosas por lo serio».

«¡Cuánto más valdría a esos jóvenes de talento, mal empleado en bachillerías imposibles, hacerse ingenieros, agricultores científicos, o seguir otras carreras prácticas y de pública y privada utilidad en las Facultades Universitarias, dirigidos por sabios maestros, que los hay, aunque sin el ruido impertinente con que les niegan la existencia en este país!» Esto decía el Doctor hace veintisiete años. ¿Qué diría ahora si resucitara y viera cómo se han multiplicado las hechuras de nuestros Tribonianos sin latín y sin otras cosas tan o más necesarias que el latín, como son carácter y honestidad? ¿Qué diría el Maestro si contemplara hoy los rótulos de nuestras oficinas abogadiles con tantos nombres que ya parecen más bien listas de sufragantes en vísperas de elección, y sobre todo si notara cómo se ha mercantilizado y envilecido una profe-

sión que, estudiada con amor y servida con honradez y criterio amplio, debería ser más bien timbre de orgullo para quienes la profesan e instrumento de justicia y adelanto social para el país donde se ejerce?

Nadie ha defendido en Costa Rica con tanto ardor y fe en sus grandes destinos la creación o restauración, llámesela del modo que se quiera, de la Universidad, como el Doctor Ferraz. Nunca perdonó a Don Mauro por haber dado muerte a una institución necesaria a la vida de la República, en lugar de reformarla y acomodárnosla a nuestras necesidades. El Doctor deseaba el restablecimiento de la Universidad como centro teórico de la Enseñanza en Costa Rica. «Si antes, —decía en 1905, refiriéndose a nuestra primitiva Universidad—, no tuvo ese carácter, fuesen cualesquiera las causas de su ineficacia para la educación nacional, por cierto que debió reformarse; nunca suprimirse para dar ocasión a la serie lamentable de errores que aquí se han cometido en el ramo de Instrucción Pública».

La inclusión del estudio de lenguas clásicas en los programas de nuestros Institutos de Segunda Enseñanza, fué la máxima preocupación intelectual del Doctor, y huelga decir que cuando decimos estudio ha de entenderse la palabra en su verdadero significado, no contentándole las concesiones hechas, como por pura condescendencia, a tan importante ramo de educación. El latín y el griego habían de enseñarse, según él, no como convenían unos, esto es, en el ciclo superior de Humanidades, que tal inclusión no correspondía en su concepto a «la realidad efectiva de su estudio, sino que su enseñanza debía preceder en buena parte a la de las lenguas vivas y sobre todo al estudio positivo del castellano y su literatura, siendo cosa risible en verdad la ilusión de aquellos profesionales que pretenden enseñar castellano y hasta escribir de lingüística y filología comparada, en ayunas de latín y griego, por más que mascullen alemán moderno».

Quizá tales ideas puedan parecernos excesivas hoy, cuando la cultura le cede el campo desde temprano a las necesidades de la lucha inmediata y empeñosa. Sin embargo, no conviene imaginarse por esto al Doctor como el clasicón misoneísta que sus enemigos se figuraban de buena o mala fe. En algunas cosas, es verdad, que caminó con la corriente de su tiempo; así, jamás simpatizó con la coeducación ni pudo vencer los conocidos prejuicios que existían entonces y que todavía no han desaparecido del todo contra ese género de educación, adoptado por su compañero Giner de los Ríos

en la Institución Libre de Enseñanza. Pero en otras resultó un espíritu atento y amigo de las cosas nuevas, aunque no de las novelerías. Como novelería atacó la supresión de los textos y ahora vemos con cuanta razón, pues el mal memorístico que con ello quería evitarse no estaba allí, y hoy todavía se sigue memorizando, y lo que es peor, memorizando cuadernos mal escritos por los alumnos, de suerte que, si la enseñanza era antes libresca, ahora resulta, como él solía llamarla, epidérmica y cuaternaria.

No, no le asustaba al Doctor lo nuevo siempre que fuera mejor y más justo. Al revés de nuestros liberales de nombre, «ultraconservadores de hecho, bien hallados con lo presente en su manifiesto egoísmo que ninguna retórica puede ocultar», según las propias palabras del Maestro, siempre que lo nuevo entrañaba un progreso, estuvo listo a acogerlo. Lo que al Doctor sacaba de quicio eran las boberías modernistas, lo que él llamaba, con aquel su fino gracejo, «la cacharrería pedagógica de nuestros flamantes educacionistas».

Nosotros conocimos y tratamos al Doctor en sus últimos tiempos, y así no nos cuesta trabajo representarnos al viejecito pulcro, de grandes barbas blancas, nariz recta y noblemente luenga, ojos fulgurantes a través de los años y de los espejuelos bajo las cejas espesas, hirsutas, que eran como dos colinitas adonde venía a morir el valle amplísimo de su frente. Vestido de su eterna levita, pegado a un libro, o bien gesticulando con vehemencia que jamás logró apagar la edad, y con aquel ademán tan peculiarmente suyo que consistía en extender la palma de la mano y estirar el meñique y el pulgar, como si fuera a medir algo. Cerramos los ojos y le vemos y hasta nos parece oírle otra vez sus interjecciones favoritas: Pues, ¡qué caray! ¡Qué disparate! ¡No faltaba más!

Desgraciadamente nuestros recuerdos no se remontan más allá de 1906 en que comenzamos a recibir sus lecciones. Ese año volvió el Doctor, después de larga ausencia, a su amado Colegio de Cartago, a enseñar Latín, Moral, Psicología y Lógica, e Historia Literaria. El siguiente también estuvo enseñando las mismas asignaturas hasta fines de junio en que se separó de la cátedra para ir a ocupar el puesto de Director de la Biblioteca Nacional, para el cual fué nombrado por acuerdo de 22 de julio.

Durante dos de nuestros años de colegial tuvimos pues

la fortuna de beneficiarnos con sus enseñanzas. Ellas constituyen nuestro mejor recuerdo estudiantil y un timbre de orgullo íntimo, aunque no se nos oculta que mal puede llamarse su discípulo quien no tiene méritos intelectuales que rimen con aquella sabiduría plácida y profunda. A nadie empero saludaríamos con más orgullosa complacencia Maestro que a él, como decíamos en un artículo, escrito a raíz de su muerte y en que constan nuestras impresiones de aquel período de vida escolar.

Cuando vinimos a conocer al Doctor, en el Colegio de Cartago, hacía tiempo que había sentado sus reales en Costa Rica la reforma novelera que desestima las Humanidades clásicas, de las cuales fué Don Valeriano el más ilustre sustentador, y no había campo ni menos atmósfera para formarse en aquellas disciplinas. ¿Cuáles eran esas lecciones que nos daba Don Valeriano en el Colegio de Cartago, en ese mismo colegio que él fundó y que fué sede de altos estudios y fábrica de grandes hombres? Nociones de moral, nociones de lógica, nociones de literatura. Nociones, nociones. Esto sólo huele ya al modernismo pedagógico que vino a suplantarse con superficialidades deslumbrantes una educación fundada sobre bases sólidas y antiguas. Pero el Doctor no hacía caso de palabras. Vió la oportunidad de enseñar y vino a ocupar con modestia el puestecillo que un plan de estudios absurdo le ofrecía. Lo que a él le hacía falta era alguien que quisiera oír, esto es, que quisiera aprender. Aprender y enseñar: esos fueron los polos en que giró su dilatada y laboriosísima existencia. Dos años colgó nuestra atención de sus labios disertos y de sus barbas de Néstor antiguo. A través de sus pláticas vislumbramos, como a la luz de un amanecer, un mundo, el más bello de los mundos, el mundo clásico donde crecen las vides de Horacio y las encinas de Homero.

Desgraciadamente aquellos vislumbres no maduraron ni podían madurar,—no por culpa ciertamente del Maestro—, en conocimiento perfecto y en goce inteligente de las literaturas que constituyen la base de toda verdadera cultura. El desencanto de nuestras fuerzas fué tan grande como había sido el deslumbramiento de los tesoros de belleza que el Doctor reveló a nuestra curiosidad adolescente. No estábamos preparados para los viajes familiares del Doctor y de los cuales él volvía cada vez más joven y vigoroso, como si hubiera bebido en la fuente de la perpetua juventud. ¡Dichoso él que pudo sentarse a la mesa de Augusto o al banquete de Platón

y no desentonar en la compañía de los grandes! ¡Pobres de nosotros que pertenecemos a una generación formada sin orden ni concierto, en una atmósfera enrarecida de conocimientos o sobrecargada de sensiblerías, que confunde a menudo la escayola con el mármol y se paga más del relumbrón y del gesto que de la línea serena y del matiz suave, a la cual no le es dado entender en su propio idioma y espíritu a los filósofos de Atenas ni a los poetas de Roma que conservan todavía el señorío de su indiscutible superioridad! «We are men of little Latin and less Greek», que diría Ben Johnson, un sabio de veras que, como el Doctor Ferraz, sabía de letras clásicas.

Sin embargo, esas lecciones de Humanidades, aunque debido a nuestra falta de preparación previa no pudieran surtir todo su efecto, no se perdieron del todo. Claro es que el Doctor no había de hacer el milagro en un año de enseñarnos a leer en latín, ni siquiera el *De Viris Illustribus*, pero algo iba quedándonos de todo aquello que nos sirviera al menos para mejorar el conocimiento de nuestro propio idioma. Respecto a la Historia Literaria, huelga decir que el Doctor no la entendía, o más bien no quería entenderla,—aunque el nombre de la asignatura no se prestara a interpretaciones—, como una serie de noticias biográficas de escritores, cuyas obras los alumnos no conocen ni por el forro. ¿Qué provecho podía haber en enseñarnos la historia de una literatura de que no sabíamos una palabra? El dedicó esas clases a hacernos leer trozos escogidos de autores castellanos y a explicárnoslos, que ni aun para entenderlos estábamos preparados. Nos faltaba, no digamos el dominio científico y racional de nuestro idioma, pero hasta conocimientos elementales de su gramática y de su vocabulario, y, ni para qué decirlo, de su preceptiva literaria, tal vez no por defecto de los maestros que habíamos tenido antes, sino por culpa de un plan de estudios desordenado e ilógico. El Doctor ese mismo año, en una serie de artículos que estaba publicando en el diario *Patria* y que luego vieron la luz en forma de folleto con el título de *Informe de Informes* y el pseudónimo de *Paterfamilias*, llamaba la atención sobre esta absurdidad.

«¿Qué idea se ha formado en su admirable ingenuidad ese plan de estudios de la Literatura y su historia, sea general o particular, cuando pretende que todo ello se estudie al mismo tiempo que la lengua materna, y ésta en su parte más elemental? Porque el *lenguaje*, lo más llano y prácticamente asequible en idiomas hablados, es lo primero a que se

aplica el estudiante, según tengo entendido; luego viene su ciencia, fonética, morfológica y sintáctica, o dígase *gramática*, con su evolución histórica y su lógica, y finalmente la *retórica* y *poética* de las escuelas, sin llegar todavía a la *literatura* propiamente dicha, ni menos a su *historia*, ni mucho menos a una *historia general de la literatura*.»

Desgraciadamente fué el suyo predicar en desierto. Nadie quiso hacerle caso, ni entonces ni ahora. ¿Qué diría el Maestro,—tendremos que preguntar otra vez—, si resucitara y viera los programas de literaturas castellana y extranjeras para estudiar en un año, aprobados por su discípulo Don Cleto, como Presidente de la República, y por Don Luis Dobles Segreda, como Secretario de Estado en el Despacho de Educación el año 1929? Creemos que se volvería a morir al punto, de rabia o de risa. No hay en esos programas la menor consideración de las limitaciones del tiempo disponible ni de la inteligencia humana. ¿Qué alumno habrá tan capaz y con tanto desahogo en sus demás estudios que pueda pasar siquiera en ligerísima revista todas las literaturas del mundo, desde la Biblia y el Mahabhárata hasta los dramas de Ibsen o las novelas de Dostojevski, ni qué profesor habrá tan ingenuo de tomar tales cosas en serio? Y si el objeto es como se dice ofrecer en catálogo o panorama universal los productos del ingenio humano para que el profesor escoja los que quiera, ¿no sería más cuerdo, de todas suertes, atendiendo a aquellas limitaciones, que se escogieran de antemano las obras principales de las literaturas clásicas, que a lo menos nos ayudarían a conocer y comprender la castellana, esto es, la de mayor interés para nosotros y la única probablemente que puede estudiarse de verdad en un colegio, y eso casi más bien como estudio complementario del idioma?

Pero reanudemos el hilo de nuestro asunto y no nos perdamos en los abismos insondables de nuestra psicología nacional.

Decíamos que las lecciones del Doctor algo nos aprovecharon. A nosotros al menos nos sirvieron en primer lugar para escoger nuestras lecturas. Leímos a nuestros clásicos castellanos, y guiados por aquellos vislumbres de Humanidades a que nos hemos referido antes, a Virgilio y a Horacio, claro que no en el texto latino, sino en buenas traducciones romances que nos indicó el Doctor. Léanlos, solía decirnos; estos poetas latinos y griegos resisten la prueba de las pruebas y salen triunfantes de ella; son los únicos quizá que pueden leerse aún despojados de su encanto prosódico y de

sus bellezas de dicción, y es que en ellos el concepto, la sustancia, todo es poesía.

Virgilio era entonces nuestro poeta favorito. En él sentíamos expresado el gusto por el campo que heredamos de nuestro padre, de nuestro abuelo, de todos nuestros progenitores, gente agricultora que se pasaba los más días en las haciendas de donde sacaba no sólo el sustento de su familia, sino también los más grandes goces de la vida. Virgilio daba pues voz a nuestra sangre y a nuestros placeres de muchacho durante los meses de vacación, recorriendo potreros y bañándonos en los ríos que la fantasía poblaba de ninfas y de rebaños arcádicos. Recordamos a este propósito un verano delicioso en el Plantón, una finca en las alturas al norte de Cartago, limítrofe con la que tenía entonces la señora del Doctor Ferraz, pasado en diaria comunicación con el suave cantor de Eglogas y Geórgicas, a través de la excelente versión de Don Eugenio de Ochoa, que había tenido la fineza de prestarnos García Monge.

Horacio nos gustaba, aunque no tanto. Horacio no es lectura para entusiasmar a jóvenes; es más bien para hombres maduros, a quienes la experiencia ayuda a saborear la gracia irónica y la sabiduría práctica, mundana, sin ser por eso libertina, refinada, sin perder lo que los ingleses llaman *the common touch*, con frase intraducible, del poeta venusino. Y así, conforme adelantamos en años, crece su influjo en nosotros, hasta llegar a convertirse sus libros en lo que el erudito historiador de la literatura latina, J. W. Mackail, llama un salterio de la vida secular. Sabido es lo rico de la tradición horaciana en español. Obediente nuestro gusto a esa tradición, leímos también a Fray Luis de León, a los admirables Argensola, y nos entramos poco a poco en el estudio de nuestros grandes valores literarios, el cual nos sirvió de excelente disciplina para ir aficionándonos a las cosas dichas sin esfuerzo declamatorio, buenamente, en tono menor, y para ir escribiendo cada vez con más sencillez y claridad, dos cualidades de estilo que aquí se sacrifican con harta frecuencia al fetiche de la retórica. No quiere esto decir que hayamos escapado nosotros de ofrendar en el altar barroco de esta empingorotada divinidad, que, aun cuando cantábamos y encarecíamos la sencillez griega, no dejábamos de hacerlo con cierto tono oratorio que ahora nos hace reír. La verdad es que, siendo nuestro helenismo cosa de segunda mano y bastante superficial, era lógico que se manifestara en nosotros oratóricamente. En el orden intelectual pasa lo mismo que en

el orden emotivo: cuando uno no se siente seguro de algo, hace ruido para inspirarse confianza, así como se suele silbar o cantar cuando se va por un camino solitario, de noche y con miedo. Oíd lo que a este propósito y a raíz de la publicación en folleto de una conferencia sobre arte griego y de otra sobre políptica doméstica (curiosa combinación, ¿no es cierto?) nos escribía el Doctor Ferraz en una larga carta de veinte carillas, escritas a lápiz, que aun conservamos y que el lector encontrará transcrita en otro lugar de este libro.

«Sí, amigo, y quédese inter nos esto. En grande simpático con usted por sus «Palabras de Ayer» que de hecho son parecidas a las mías de antes, de ahora y siempre, por más que no haya sabido decirlas yo tan bonitamente como los bien hablados que, tirando a poetas, son retóricos de profesión. Porque también he visto yo en idea y de fuente original, como viajero de comercio, esas inmortales regiones clásicas que usted canta con modernos dejos de lectura francesa, pero en castellano claro y corriente y que sus contemporáneos de colegio apenas podrán ver, ni tan siquiera en sueños. Esos prácticos viven *au jour le jour* con el pan nuestro de cada día, sin pasado ni porvenir... y cuenta que no valen excepciones, las cuales en todo caso confirman la regla. ¡Lástima de tiempo y entendimientos perdidos en la torpe noria del ciclismo pedagógico que llaman positivo y práctico! Si alguien se salva de tal deporte y puede levantar cabeza, como usted, es pura y simplemente por excepción. De regla salen como el hijo de Albino, de quien consta en Horacio que sabía sumar y restar, hacer cuentas y por lo demás estaba herrumbroso, comido del orín metálico de entonces, que es el mismo de ahora. Pero dígame, si bien se mira, ¿qué es lo práctico y positivo, la riqueza que pasa, o lo permanente, siempre vivo, fecundo y alentador de las ideas inmortales?».

¡Qué hermosa profesión de fe idealista hay en estas líneas y qué bien retratan ellas la personalidad encantadora de Don Valeriano, llena de fineza e ironía, lista siempre a defender los intereses del espíritu que eran para el suyo la sola preocupación digna, la única capaz de hacerle perder aquella su serenidad como de agua remansada y profunda en que vivía! Nos parece estar viéndole en la Biblioteca adonde íbamos a visitarlo a menudo, con los ojos pegados al libro, en ansia, que para uno resultaba trágica, de aprovechar, antes de que se le acabaran, los últimos rayitos de luz que restaban a su crepúsculo. Era como la imagen viva de uno de esos viejos maestros del Renacimiento que duermen ahora en las

iglesias italianas, bajo sepulcros de mármol esplendentes de gracia antigua por milagro del cincel de un Desiderio de Settignano. Una tumba así debiera tener el Doctor si Costa Rica despertara alguna vez al llamamiento espiritual de aquel grande humanista, aunque no en piedra mármol, que aquí es privilegio del dinero, sino en roca de nuestras montañas, labrada con la sencillez que conviene a memoria tan augusta; una tumba que embellecieran los símbolos del saber y del bien y que ilustrara un epitafio en latín, el idioma de su predilección y el único en que sería posible recomendar a la posteridad sus méritos y pedir a la muerte le recibiera en el seno conocedor de todos los misterios con la honra y solemnidad debidas únicamente a los escogidos.

Reanudemos otra vez el hilo de nuestros recuerdos. Desde el año 1908 estamos en la capital de la República. Hemos conseguido el Bachillerato en Humanidades modernas, y en la necesidad de escoger carrera, hemos optado por la de Derecho, o lo que es lo mismo, por la línea de menor resistencia. No nos sentimos ninguna vocación curialesca, pero asistimos a la Escuela con puntualidad, que corre parejas con la de nuestros maestros, y atendemos a las lecciones de modo perfunctorio, cuando las atendemos del todo. Nuestra actitud de espíritu va apenas bien con la de la institución, la cual no difiere gran cosa de la que Madariaga atribuye a las Universidades decadentes españolas, convertidas en fábricas de diplomas, sin ningún ideal de estudio ni de investigación, sin otro objetivo que el de proveer a los alumnos bastante pacientes para aguantarse los cursos, de un título que les diera derecho a llamarse licenciados o doctores. «Mirar los exámenes como obligaciones ineludibles y desagradables y considerar a los estudiantes como funcionarios meritorios que, después de transcurridos ciertos años y satisfechos por fórmula ciertos exámenes, tenían una especie de derecho tácito a la licencia o al doctorado, sin excesiva preocupación para con el grado de conocimiento y cultura adquirido en ese tiempo». Huelga decir que a esta actitud de espíritu venimos acostumbrados desde el colegio y la escuela primaria. Ninguno siente en esta atmósfera grandes estímulos, y no creemos calumniar a los compañeros que demuestran más interés y asiduidad, si decimos que ese interés se limita a aprender los artículos de los códigos y las minucias del procedimiento, y no se distingue mucho de la operación que

realiza nuestro campesino cuando afila su machete. Unos buscamos el título como adorno, que si no sirve, tampoco hace daño y que en último caso tal vez pueda abrirnos las puertas de la política; los otros, como simple instrumento de su futuro oficio de picapleitos. En uno y otro caso la Escuela no puede dar otra cosa que rúbulas o abogados fracasados.

A nosotros al menos nos atrajeron las clases de algún interés histórico o filosófico. Desde luego, las que dictaba de Derecho Romano, con aquella su rotundidad tribunicia, el Doctor Zambrana, y las que daba Astúa Aguilar sobre las teorías del delito y de la pena. Melico Argüello solía venir a conversarnos también a los muchachos de primer año, de Filosofía del Derecho. Todavía nos dura la simpatía que aquel delicioso conversador logró despertar en nosotros con sus charlas, aunque fuera de programa, y todavía sigue siendo para nosotros un misterio insoluble el que se quisiera hacernos estudiar Filosofía del Derecho antes de enseñárenos Derecho. La explicación del enigma sea tal vez aquello que decía el Doctor Ferraz refiriéndose a los mentores de nuestra juventud, que «gustan de mezclar berzas con capachos, como dice el vulgo, y de servirle a la mesa los postres antes de la sopa, y los aperitivos y entradas cuando ya levantan los manteles».

El Doctor Zambrana también era muy corriente que se saliera del programa para comentar el acontecimiento del día o discutir los grados de inteligencia de los hombres del momento, pero si vamos a decir verdad, a nosotros no nos disgustaban esas digresiones por el campo de nuestra política. Nos encantaba sobre todo oírle perorar de arte y literatura, subrayando sus opiniones con gestos de olímpico desdén o de arrebatado entusiasmo. ¡Qué admirable facundia la suya! De Fray Luis de Granada se dijo que nunca se apeaba del púlpito. De Zambrana podía decirse otro tanto: hablaba siempre como teniendo debajo una tribuna. Sus lecciones de Derecho Romano eran las mismas que corren impresas en un folleto. Quien quiera saber si ellas agotaban la materia no tiene más que leerlas.

Los más ambiciosos entre nosotros de conocer la sabiduría jurídica de los romanos consultaban a Heineccio en una traducción desechada en España por insuficiente hacía más de medio siglo, según tenía dicho el otro Doctor, el nuestro, en una serie de artículos publicados en el periódico *La Unión* tres años antes, en los cuales también se lee que

«hoy apenas puede encontrarse esa obra en puestos de libros viejos en las Américas del Rastro o en estas arrastradas Américas Latinas».

Por cierto que ésta y otras opiniones de don Valeriano contra el aprendizaje de Derecho Romano sin ningún conocimiento previo del latín, estuvieron a punto de causar una polémica. El Doctor Zambrana le salió al paso en una carta abierta que publicó *La Prensa Libre* de 3 de abril de 1905 y que ahora vamos a reproducir:

San José, 2 de abril de 1905

Sr. Don Valeriano Fernández Ferraz

Mi distinguido amigo:

Cuando leí hoy por la mañana su artículo publicado en *La Unión* en que se habla entre otras cosas de mi enseñanza de Derecho Romano en la escuela del ramo, pensé en contestarlo sin demora, y no sólo por lo que me atañe, sino en lo relativo a la Filosofía del Derecho, a que también se contrae, que enseña uno de mis compañeros.

Pero acababa de tener un chasco por proceder de prisa, dando campo a Don Ramón Zelaya—en una discusión reciente—, por falta de explicaciones detenidas, para una aparente victoria, confundiendo la *caridad social* que el Estado desempeña en Inglaterra, en cierto modo, con la pretensión del Estado de concentrar en sus manos la beneficencia o de arrogarse la representación de los que en cualquier forma la desempeñan.

Pienso, por lo mismo, que es más conveniente fijar con perfecta precisión lo que a discutir vamos y antes de comenzar la controversia me permito preguntar si queda bien condensada en esta forma su censura:

«Sin que profesor y alumnos posean el latín a fondo no pueden enseñar el uno y aprender los otros el Derecho Romano.

»Sin estudios de latín y griego no es posible enseñar y aprender Filosofía del Derecho.»

De cierto libro que usted menciona y de que hice uso en mis clases, trataremos después.

Dadas nuestras cordiales relaciones, me atrevo esperar que tendrá la bondad de responderme.

Su atento servidor y amigo,

ANTONIO ZAMBRANA

La contestación del Doctor Ferraz no se hizo esperar:

Cartago, 4 de abril de 1905.

Señor don Antonio Zambrana,

Estimado amigo:

Acabo de ver su atenta «Carta Abierta» en *La Prensa Libre* de ayer, y me apresuro a contestar a usted, que, vuelto a leer mi articulejo de 27 del mes pasado en *La Unión*, no encuentro que allí «se hable contra su enseñanza de Derecho Romano».

Tampoco dije otra cosa de la Filosofía del Derecho, sino que esa asignatura «se lleva en Méjico al sexto y último año de la Facultad, según método racional de una Escuela donde no parece jugarse a la enseñanza».

Siento mucho su «chasco con don Ramón Zelaya», y más todavía, que usted «piense, por lo mismo, que es más conveniente fijar con *perfecta precisión* lo que a discutir vamos».

Yo entiendo que ni vamos a discutir, ni ése es el camino. No hay, pues, «controversia» posible, amigo mío, sobre cosas tan de clavo pasado como una preparación filosófica en general, y particularmente de Derecho en los distintos ramos, para estudiar la Filosofía del Derecho, y un mediano conocimiento del latín—nunca he dicho «poseer el latín a fondo»—para enseñar y aprender, o dígase para estudiar inteligentemente, positivamente, racionalmente, el Derecho Romano.

No recuerdo haber dicho que «sin estudios de latín y griego no es posible enseñar ni aprender Filosofía del Derecho», cual parece que mi distinguido amigo Zambrana quiere «fijar con perfecta precisión», acaso para preparar el terreno de su «controversia», en compañía de su «latín a fondo».

Lo que sí tengo dicho es que sin estudios clásicos, siquiera sean elementales, no hay educación liberal, aunque otra cosa piensen los latino-americanos, que no son voto en la materia, después de todo, comparados con las gentes serias de otras partes del mundo, donde se entienda de eso, de educación y libertad que para ellos son puro griego y letra muerta, por punto general y salvo siempre honrosas excepciones.

Soy, como siempre, suyo afectísimo servidor y amigo,

V. F. FERRAZ,

No hubo pues polémica. Zambrana se dió cuenta de que no había podido partir el campo de la disputa a su manera para vencer al contrincante fácilmente y a su gusto, y se retiró a sus posiciones, y don Valeriano por su parte mantuvo las suyas sin dejarse intimidar de «desdenes oraculosos y desengonzados». Fué una lástima que la cuestión no se hubiera propuesto en sus verdaderos términos para que fuese controvertida por tan hábiles contendientes. Sin embargo, el Doctor Ferraz la dilucidó por su cuenta en los artículos XIII, XIV y XV de su famoso Proceso del Modernismo Pedagógico en Costa Rica.

Al Doctor Zambrana también vinimos a conocerlo en su declinación, espléndida, eso sí, como puesta de sol en nuestro Trópico. La metáfora ha salido espontánea de los puntos de la pluma, pero nos damos cuenta que expresa bien el alcance de nuestro pensamiento. Los que asistieron al ocaso de aquel hombre notable no necesitan de comentarios para entenderla. A ellos pedimos perdón si insistimos en explicarla a los otros, a los que no presenciaron el espectáculo de un gran intelecto que no dió toda la medida de lo que podía hacer, aunque lo que hizo fuera bastante para ilustrar su nombre entre nosotros y obligarnos a perenne gratitud. ¡Triste declinar del grande hombre! Su memoria de las cosas aprendidas de joven, no obstante que ya comenzaba a flaquear, era aún sorprendente, tanto como su amnesia de las recientes que llegó luego al extremo patético de no poder siquiera recordar, según nos contaba hace poco Márquez Sterling, el nombre de su secretario cuando fué Ministro de Cuba en el Ecuador.

A nosotros nos resultaba más que nada sorprendente su egotismo estupendo y el desencanto que manifestaba de la democracia, él, que en compañía de Ignacio Agramonte, había dominado a fuerza de entusiasmo e intransigencia democráticos la Convención Constituyente de Guáimaro y conseguido dar a la recién nacida República de Cuba una Constitución que limitaba hasta nulificarlas las facultades del Presidente, cuando más necesarias eran para el buen éxito de la lucha por la independencia. Aquella desilusión de la idea democrática, nervio de sus himnos verbales de otro tiempo, y simple recurso retórico de los discursos de sus últimos años; aquella falta de afectos de familia que consolaran su vejez; aquel gesto de tremendo escepticismo con que acogía todas las cosas; aquel su perenne barajar en tono grandilocuente dos o tres tópicos favoritos; todo acentuaba la impresión trágica que da el pródigo cuando de las rique-

zas logradas en su juventud y desperdiciadas sin orden ni prudencia, no le queda más que el gesto magnífico de dar.

La vida del Doctor Zambrana, por suerte, no se extinguió en la soledad. La muerte le dió tiempo de volver a Cuba donde su hija y un nietecito le esperaban para alegrar sus últimos días. Costa Rica, por suerte, tampoco le dejó ir sin honrarle y agasajarle en señal de que se sentía su deudora.

Ido el Doctor Zambrana, la ancianidad de don Valeriano asumió el aspecto solitario que cobraría una de las dos columnas que se elevan solas sobre las ruinas del Foro de Arles si cayera la otra. Zambrana y Ferraz en la historia de nuestra cultura aparecen ciertamente como dos altas columnas: una nos la imaginamos coronada de capitel corintio, cuyas hojas de acanto recuerdan las coronas que se tejen para la cabeza de los poetas; la otra tiene la noble sencillez del orden dórico; todo en ella es orgánico y la vista sube por sus estrías, con la naturalidad con que sube la savia en el árbol, para descansar en la contemplación de la métopa en que el artista de Atenas labró en mármol, carne de dioses, la figura de un hombre que medita.

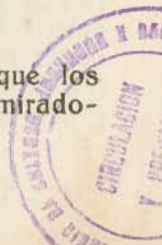
No obedece a mero efecto retórico este contraste. Esto lo saben cuantos tuvieron el privilegio de frecuentar a estos dos varones insignes, y los que no, podrían verificarlo leyendo sus escritos. El estilo de Zambrana era más brillante, más sonoro, más rotundo, como campana de buen timbre antiguo; en todas sus cosas se siente al orador, atento al efecto que ha de causar en los oyentes; todas parecen escritas para ser declamadas, tal es el tono férvido que las ideas toman en los puntos de su pluma. Hasta el epitalamio que dedica a la boda de un amigo es un pequeño discurso. En cambio, el estilo de Ferraz no se cuida de galas ni de afeites. Ni aun las veces que habla en público quiere hacerle concesiones a la retórica. Dice lo que quiere decir, preocupado únicamente porque ningún matiz de su pensamiento quede sin expresarse. Si logra ser exacto, si consigue exponer clara e íntegramente sus ideas sobre un asunto, está contento. Las ideas le salen vestidas de diario, aunque limpias y ordenadas; son como obreros que van al trabajo, o mejor, como soldados que marchan a la batalla; pueden pasarse sin uniforme de gala ni plumas, buenas sólo para días de gran parada, pero no os equivoquéis creyéndolas desmañadas y desprovistas de fuerza y de pasión. Bastará que sientan el amago del enemigo para que las veáis llenarse de ardor, viveza y movilidad extraor-

dinarios y sacar al filo de su acero más de una chispa de ingenio o de un destello de ironía.

Sin embargo, no podría decirse que el estilo del Doctor Ferraz, aun en sus momentos más felices, consiguiera entusiasmar al grueso de los lectores: estaba hecho para contener reticencias y reservas mentales en mayor número del que puede resistir la atención y digerir la inteligencia media del público. A muchos que no le leían oímos decir que era confuso, demasiado digresivo, en una palabra, que el Doctor no sabía de seguro escribir, pues que ellos no podían entenderle, en fin, lo que suele decirse de las obras de raciocinio en que se ha puesto más cuidado a la sustancia que al ornato y a la amenidad. Tales obras en ninguna parte del mundo se llevan los sufragios populares, pero en nuestro medio, superficial y perezoso, el desvío por ellas era casi invencible, y para ilustrar esta verdad vamos a ofrecer un ejemplo tomado de la experiencia de nuestro sabio Maestro. El 5 de abril de 1908 se avino don Valeriano a disertar en el Ateneo de Costa Rica, recién fundado. Escogió un asunto de gran interés: La Evolución Nacional en la Historia, y lo expuso con magistral dominio de la materia. Uno de los presentes, según se lee en una nota de la revista Eos, «figuró la reunión citada pintando una barba blanca sobre una mesa, frente a un auditorio dormido». Como toda caricatura, aquella era de seguro exagerada, pero lo que sí es cierto es que la conferencia no causó mucho entusiasmo, ni en el público ni entre los mismos ateneístas. Entonces era Zambrana, el otro Doctor, objeto de la admiración e imitación de nuestros intelectuales, y, como sucede siempre, se le admiraba más por sus defectos que por sus cualidades y se creía imitarlo declamando, hasta perder el resuello, párrafos hinchados y anhelantes. La disertación de don Valeriano tenía que ser recibida con frialdad, pues estaba escrita con llaneza, en tono menor, sin ningún do de pecho que hiciera estremecer a las gentes. Hoy, sin embargo, quizá hubiera tenido mejor éxito y oyentes despiertos y comprensivos, porque ya vamos cansándonos un poco de la retórica y descubriendo que hay cosas de valor en el mundo de las cuales no podría decirse, citando a Tirso de Molina:

que son como la campana
que se estima por el son.

Abrigamos en consecuencia la esperanza de que los escritos del Doctor han de ir ganándole amigos y admirado-



res según progresen nuestros hábitos de estudio, aunque reconocemos que en ellos las generaciones nuevas nunca podrán satisfacer enteramente su ansia de conocimiento de este gran espíritu. Esos escritos, escasos y dispersos, y por lo general de un tono crítico y polémico muy marcado, no dan idea justa, a pesar de su mérito, de la grandeza de su autor, y es porque la obra de Don Valeriano se desarrolló principalmente en el aula, en contacto con sus discípulos, o en la vida diaria de relación con los demás hombres, quienes, frente a él, pasaron ineludiblemente siempre como discípulos. De él podríamos decir lo mismo que ha dicho Madariaga de Don Francisco Giner, que su espíritu no se hallará en sus libros tanto como en la comunicación viva y personal. Sería difícil explicar el encanto que ejercía su personalidad en los que se le acercaban. El que le visitaba una vez volvía un frequentador entusiasta de su trato. Era un conversador delicioso y los mismos que se resistían a leerlo, le escuchaban embelesados, tal vez porque oyéndoselos subrayar con el tono y con el gesto, todos entendíamos mejor sus apartes, distingos, finezas e ironías. Muchas veces, al observar esto, pensamos que si su estilo escrito, esencialmente conversacional, no era bien comprendido de la generalidad, se debía a que de nuestras escuelas salen muy pocas personas que de veras sepan leer.

El Doctor Ferraz pudo conservarse hasta el fin fresco de espíritu, ardoroso controversialista, amigo de los jóvenes a quienes deleitaba con su inimitable donaire y con un sinnúmero de anécdotas y de experiencias divertidas a la vez que provechosas. Su pasión por los libros le acompañó toda la vida. Esa pasión iba más allá del interés puramente intelectual de la lectura. El Doctor sentía gusto, cariño, por las ediciones hechas con cuidado artístico y primor tipográfico; miraba las guardas, escrutinizaba las márgenes en busca de apostillas, y pasábales por el lomo amorosamente las viejas manos rugosas. Hay que leer el precioso artículo en que cuenta cómo recobró algunos de los libros que trajo consigo de España, al cabo de cuarenta y cinco años, para darse cuenta de su bibliofilia y para ver el modo peregrino como florece su erudición en sonrisas y donaires.

Por todos los lados que se le vea, era el suyo un espíritu de excepción en que la delicadeza no dañaba la varonil entonación, ni el gusto aristocrático la sencillez de las maneras; ni la dignidad se oponía al gracejo castizamente español; ni la virtud, que en él era sincera y no gazmoña, a la gracia mundana.



El Dr. Ferraz en sus últimos días con su nietecita Lucía Jiménez

Vivió lejos del ruido y ajetreo de los negocios, lejos de charlatanerías políticas y chismes lugareños, aislado pero sin exhibir hurañez y sin olvidar sus deberes de hombre social y bien criado. Nunca buscó honores, sino que los honores le buscaron y fueron adonde él. Ni de joven, ni de hombre maduro, ni de viejo, echó de menos el regalo ni las otras satisfacciones que proporciona la riqueza. Pobre algunas veces, modestamente siempre, pasó por la vida sin ambicionar dinero ni mando, sin abrigar envidia de los placeres de orden material; contento de subvenir con decoro a sus necesidades, que eran modestas y limpias como sus costumbres; tranquilo, con la tranquilidad que da la conciencia del hombre justo; feliz, con la felicidad que descansa no en vanidosas complacencias, sino en los afectos de familia y en las fruiciones del espíritu.

El Doctor tuvo la dicha que muy pocos logran en este mundo: fué la suya inteligencia de primer orden, asistida por la más varia y profunda sabiduría, y con ella pudo acorazarse contra las inevitables molestias y pesadumbres de la vida, contra la ambición del lucro, el desasosiego de la vanidad y contra la insidia de los goces materiales. Frugal, sobrio, ordenado, como un ateniense de los buenos tiempos, nada le hacía falta cuando tenía en sus manos un libro con que recrear el espíritu o estaba cerca de un amigo con quien departir amablemente.

Hasta en su muerte fué dichoso. Había llegado casi a los 95 años disfrutando de buena salud y de una lucidez mental increíble e imposible en hombre que no hubiera sido tan cuidadoso como él de sus dones intelectuales y de su vigor físico. Una afección que no le causó dolor se lo llevó, en horas, de la vida, sin angustia, tranquilamente, como quien al término de un día bien empleado en el trabajo busca descanso reparador en el sueño.

Días antes, a un amigo que le preguntó qué epitafio deseaba para su tumba, le dijo éste: *Magister magistrorum ille fuit*, queriendo en su ingénita modestia que se recordara de él únicamente que había sido el maestro de muchos educadores del país. En ese sentido, a nosotros no nos contenta el epitafio, pero sí lo aceptamos con la significación que tal modismo tiene en la lengua hebrea, esto es, como superlativo de excelencia: *Fué el maestro de los maestros.*

NOTAS

(1^a)—Otros cambios había habido en el personal docente del Colegio:

Don Rodolfo Foster enseñaba música y canto en lugar de Don Vicente Lachner, y Don Felipe Jaubert, caligrafía, en sustitución de Don Francisco Meneses.

Agréguese los nombres de Don Francisco Picado, quien tenía las clases de Matemáticas, y de don Francisco Ortiz, las de escritura y lectura, y se tendrá completo el cuadro de Profesores.

Portero del establecimiento era Don Bartolomé Montoya, el recordado Bartolito, que sirvió esa portería durante casi medio siglo.

(2^a)—Como ejemplo de pruebas finales para optar al Bachillerato, publicamos éstas de un alumno graduado el año 72:

COLEGIO DE CARTAGO

CURSO DE 1872

GRADUADOS DE BACHILLER EN ARTES

NOVIEMBRE 20

RICARDO JIMENEZ de Cartago

PRIMER EJERCICIO

- a) Concepto de la Gramática: Sus relaciones con la Lógica y con la Retórica.—Clasificación de las palabras en las lenguas griega, latina y castellana.—Comparación de las declinaciones griegas con las latinas.
- b) Retórica: Cuestiones sobre el origen del lenguaje.—Géneros oratorios: según los antiguos y según los modernos preceptistas.—Reseña histórica de la elocuencia sagrada.
- c) Aspecto general de la Historia en sus relaciones con el progreso.

SEGUNDO EJERCICIO

- a) Definición y división de las Matemáticas.—Geometría plana: triángulos: del espacio, ángulos diedros y poliedros.
- b) Desarrollo de la Psicología en un programa analítico de su estudio.—Determinación del concepto de cada una de las ciencias filosóficas fundadas en la Psicología. Lógica: del error, sus causas y remedios.
- c) Física: Teoría de la electricidad: electricidad desarrollada por el frote: conductibilidad eléctrica: hipótesis de Symmer y de Franklin. Balanza de Coulomb.—Condensador de Aepinus.

TERCER EJERCICIO

- a) Versión griega: ejercicios gramaticales sobre verbos en MI.

Calificación:

SOBRESALIENTE, por unanimidad.

APENDICE
(CARTAS Y DISCURSOS)



DISCURSO

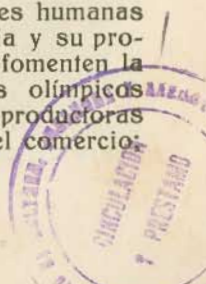
PRONUNCIADO POR EL DR. DON VALERIANO FERNÁNDEZ
FERRAZ EN EL ACTO DE LA INAUGURACIÓN DEL
COLEGIO DE CARTAGO EL 6 DE ENERO DE 1870

Excmo. Señor:

El acto que hoy nos reúne en este lugar es, sin duda, uno de los más importantes a que pudieran concurrir un pueblo libre y un gobierno ilustrado, el pueblo y el gobierno de una república bien constituida. Porque si hay sistemas políticos, si hay gobiernos a quienes, lejos de educar, convenga embrutecer a los pueblos, para más fácilmente quebrantarlos y ejercer sobre ellos una dominación absoluta, no cuadran por cierto tan vergonzosos medios de gobierno a las democracias, donde llamado en todo caso el pueblo a dirigirse por sí mismo, mediante el sufragio, y a administrar sus propios intereses, debe necesariamente instruirse y educarse para ejercer con dignidad y acierto la alta magistratura de su soberanía.

Si el antiguo régimen y sus reyes de derecho divino,—pastores de los pueblos—, levantaron de preferencia instituciones inhumanas, asilos para la vagancia y la inacción, palacios para la miseria que ellos mismos creaban, también fundaron universidades de altísimo renombre, y que, decaídas más tarde, han logrado por fin regenerarse aspirando el poderoso aliento de nuestro siglo. Por eso, haciendo justicia a lo pasado, preciso es reconocer sus bienes y aceptar agradecidos su herencia. Pero también debemos imitarle fundando instituciones propias del tiempo presente y de la civilización en que vivimos.

Estas deben ser y son efectivamente instituciones humanas y por excelencia humanitarias: talleres para la industria y su progreso en todos sentidos, sociedades de crédito que fomenten la agricultura; exposiciones universales,—nuevos juegos olímpicos donde gloriosamente compiten el ingenio y fuerzas productoras de todos los pueblos—; vías de comunicación para el comercio;



escuelas populares que son caminos para el comercio intelectual, por donde comunicándose libremente todas las naciones, llegarán a constituir un día una gran confederación humana, los Estados Unidos de la Tierra.

Y pues nuestro instituto es una de esas escuelas, y más o menos directamente, aunque en la limitación de nuestros escasos méritos como profesores, se consagra a realizar en parte tan nobles propósitos, debemos celebrar con júbilo, con íntima alegría del alma, su inauguración; es justo y verdaderamente digno del espíritu cristiano que a todos nos alienta, celebrarla también con el himno religioso con que la iglesia canta las victorias, los grandes hechos que Dios permite realizar a los hombres.

Que si ésta no es victoria sangrienta, no por eso deja de serlo, y grande; victoria conseguida por el amor patrio y la industria de un pueblo joven y vigoroso, en estas colosales montañas, donde una naturaleza terrible aun no domada suele, como el Júpiter de Homero, envolver en densas nieblas y tempestades a quien se atreve a combatirla, rodeado de inmensos peligros, pudiendo apenas asegurar su planta y respirar seguro sobre una tierra que vomita fuego de continuo y muestra también su poderosa juventud con las convulsiones en que frecuentemente se agita.

Pero antes de celebrar esta victoria que hasta aquí toda es vuestra, señores, y de los beneméritos patriotas que fundaron y han construído el bello y sólido edificio que hoy consagramos solemnemente a su propio fin; antes de celebrar el triunfo de los generosos costarricenses cuyos ilustres nombres no necesito recordaros, porque todos los estáis leyendo en vuestra agradecida memoria, séame permitido indicaros en breve cómo nosotros, antiguos compatriotas de allende los mares y hoy sinceros amigos vuestros, porque la noble España, libre ya de odiosas tiranías, ve con gusto y hasta con legítimo orgullo prosperar a sus hijos mayores de edad emancipados; permitidme, digo, que os indique cómo venimos a cooperar con vosotros en esta grande obra, cómo entendemos la instrucción.

Si ésta es completa y verdaderamente humana, debe operar, como indica su mismo nombre, una reconstrucción interna de todo nuestro ser en alma y cuerpo, un perfeccionamiento continuo y como una nueva creación del hombre. Consta, según creo, de dos partes que por abstracción separamos, pero que realmente andan juntas y en armonioso acuerdo: la enseñanza que suele confundirse con la instrucción misma, y la educación propiamente dicha, bajo cuyo concepto parcial se comprende a menudo la idea entera de la instrucción.

La enseñanza cultiva nuestras facultades, la educación se encarga de dirigir las; el producto de la primera es un capital atesorado; la segunda nos pone en aptitud de manejar este capital, de aplicar esta fuerza acumulada; la instrucción, comprendiendo una y otra en su más amplio sentido, es como el trabajo, padre del capital por una parte, y por otra, creador y propagador

de todo comercio humano y de la creciente cultura que, como una marea viva, sube y se extiende por la tierra para facilitar la comunicación entre hombres y pueblos que antes, el desierto de la ignorancia separaba.

Dada esta idea general de la instrucción, fácilmente puede comprenderse la que recibirán los alumnos de nuestro instituto. Con relación al cuerpo, que también pide su instrucción, y no hay duda que la merece, consiste en cultivar y dirigir sus facultades propias, en despertar sus fuerzas, en darle actividad y belleza, dentro de los límites posibles a cada individuo, de que resultará la armonía de las diferentes actividades que constituyen el organismo natural del cuerpo y el cumplimiento de su fin propio, que es la salud.

En cuanto al espíritu, la instrucción se aplica primeramente a la sensibilidad, cultivando y dirigiendo, que es como decir, enseñando y educando el corazón, formando, si así puede decirse, el sentido estético del mundo y preparando con el conocimiento sensible de las cosas el campo de nuestras operaciones para la segunda campaña, que es la instrucción intelectual. Ya en tal grado de enseñanza y educación entra de lleno el estudio de las ideas, que son el alma de las cosas. Y por cierto que aquí, en este orden de enseñanza, es tan necesaria una especial educación, que solamente por falta de ésta se ven hombres de ciencia que no saben comunicarla ni mostrar que la tienen, ni apenas aprovecharse de ella: hombres poco menos que inútiles, como los ricos que no aciertan a emplear sus caudales.

El cultivo y dirección de la inteligencia dependen, bajo cierto concepto, de todos los adelantos anteriores de la instrucción bien entendida. Serán siempre tanto más libres y provechosos cuanto más cultivada y mejor dirigida esté la sensibilidad; pues con ésta confinan, por decirlo así, la memoria y la imaginación, que tan poderosamente auxilian en la adquisición de los conocimientos y su expresión por medio de la palabra.

Con respecto a la voluntad, su racional educación y su enseñanza, bien puede decirse que ya no basta comprender el cuerpo y el alma sino también la vida de las cosas. Así es que la instrucción de esta actividad del espíritu es la más complicada y difícil y aquella en que deben concurrir a una todos los esfuerzos de maestro y discípulo, y el producto de todo su trabajo anterior.

Esta enseñanza y esta educación de la facultad práctica, no hay para que decir cuanto influyen a su vez en mejorar más y más y extender de un modo admirable los benéficos resultados de toda la instrucción, así del cuerpo como del espíritu. Cada paso de la instrucción en este libre campo inundado de luz cambia el centro de gravedad de todo lo anteriormente acumulado; y de cosa que parecía terminada y como el último punto del espíritu indagador lo hace elemento nuevo de ulteriores adelantos y nuevo punto de partida en el camino interminable del perfeccionamiento humano.

Tal es, señores, el noble fin de la instrucción: perfeccionar al hombre y como regenerarle y redimirle de la ignorancia, que es una especie de pecado en el siglo; pecado tanto más grave y verdaderamente mortal para la vida presente en lo que llamamos civilización moderna, que no es más que la civilización cristiana, y nada más impropio que combatirla bajo cualquier pretexto, cuanto que nuestro mismo siglo, juntando todas las corrientes antiguas con las nuevas que él ha descubierto y dirigido por anchos y profundos canales, ha formado un inmenso mar de saber y no admite en su reino a quien no quiera lavarse en tan puras y generadoras aguas.

Vosotros, los que ya las habéis bebido, muy claras muestras dais con vuestros hechos y propósitos de que conocéis sus virtudes. Los que felizmente dirigen los destinos de este país, más grandes tal vez y más gloriosos de lo que él mismo piensa—, bien claro están diciendo también con sus reformas y sus obras, que de todas maneras quieren ponerle en comunicación y facilitar sus relaciones con todos los pueblos de la tierra; y muy principalmente con los que han debido precederle en cultura, con los que tienen mayor afinidad por su carácter y costumbres, con los que marchan a la cabeza del movimiento intelectual y comercial del mundo.

En cuanto a nosotros, llamados a tomar parte activa en vuestro noble empeño ¿qué mayor o mejor presente podemos traer a la República que enseñar y educar a la juventud? Poco o nada hemos hecho todavía que digno sea de recordarse en este momento; pero en fe de quien somos, puedo asegurar que trabajaremos como buenos.

Ahora empieza nuestra tarea, y el corazón me dice que de hoy en un año, si como espero nos ayudan las circunstancias, bien podré daros cuenta del floreciente estado en que ha de hallarse el Colegio: que no otra cosa debe resultar de mi constancia en el trabajo, del mérito de todos mis compañeros, y del deseo de saber y la capacidad de que ya han dado brillantes pruebas muchos de nuestros colegiales.

Todos quisiera yo que se esforzaran con ánimo resuelto y varonil entusiasmo, con verdadera devoción al estudio, para perfeccionarse igualmente y sacar igual provecho de la enseñanza. Esta es asequible para todos y cada cual tiene en sí mismo los medios de adquirirla. Ni se arguya en contra de lo indicado con la desigualdad de las inteligencias; porque si bien es cierto que existe y que es precisamente aquello en que más se diferencian los hombres unos de otros, también es cosa demostrada en la práctica de la enseñanza que en esto como en todo encierra una gran verdad nuestro proverbio: «que más hace el que quiere que el que puede». Por otra parte, un atento estudio de la vida de los grandes hombres, podría mostrar a quien se tomase el trabajo de hacerlo que las obras más admirables y los asombrosos descubrimientos que la leyenda nos presenta como hijos de cierta ins-

piración momentánea, más bien se deben a una constante aplicación que a la simple espontaneidad del genio. Y así como los hombres grandes, bien mirados, no son más que grandes trabajadores, los verdaderos Hércules de la civilización, así también los grandes estudiantes han sido y serán siempre los que sentados un momento, como el héroe mitológico, entre los dos caminos de la vida, el plano y fácil de la pereza y el escabroso de la aplicación, eligen este último y resueltamente lo emprenden.

Seguidlo vosotros también, oh jóvenes de Costa Rica, en quienes vuestros padres y la patria cifran hoy sus más bellas y legítimas esperanzas; recorredlo con la inquebrantable constancia de vuestra raza, endurecida en toda clase de combates, y acabareis gloriosamente la grande obra comenzada por vuestros gloriosos antepasados.

Y ahora, señores, por lo hecho y por cuanto esperamos con el favor del Cielo, celebremos esta inauguración con el sublime himno religioso con que la iglesia canta las victorias, los grandes hechos que Dios permite realizar a los hombres.

DISCURSO

DEL CANÓNIGO DON FRANCISCO CALVO ACERCA DE LOS
COLEGIOS QUE HUBO EN CARTAGO ANTES DEL DE
SAN LUIS GONZAGA, PRONUNCIADO EL 6 DE ENERO
DE 1870 EN EL GLORIOSO ACTO DE LA INAUGURACIÓN
DEL COLEGIO DE SAN LUIS GONZAGA.

Excelentísimo señor Presidente y señores:

Me llena de entusiasmo el ver tan respetable reunión de los honrados vecinos de esta ciudad, celebrando un suceso que hará época en los anales de esta Provincia, la inauguración del Colegio de San Luis Gonzaga, creado por decreto del Congreso Constituyente de 1842. Este es un día de gloria para Cartago, porque en él ve realizadas las esperanzas que tanto animaban a este ilustre pueblo, de tener una casa de enseñanza en la cual se eduque la juventud. Sí, lo ha logrado y esto es lo que nos ocupa hoy, llenos del más completo júbilo y alegría.

Cartago, señores, ha mirado siempre como un deber la educación de la juventud; en todo tiempo ha promovido la enseñanza, sus autoridades han velado porque no faltase, y si no volved la vista a épocas más remotas, y encontraréis que puede decirse con verdad, que no ha habido en la República Provincia que más haya trabajado y más se haya esforzado por el progreso de las luces que esta de Cartago. Bien sabéis que en la Iglesia de los Angeles existió un Colegio, allá en aquellos tiempos, bajo la dirección de un ilustre y virtuoso sacerdote, el Presbítero Don José María Esquivel, y que después de éste se formó otro que dirigió el hábil literato Presbítero Don Hipólito Calvo, hijo de esta ciudad, quien dedicado a la enseñanza de la preciosa juventud de aquel tiempo, dió óptimos frutos, de que todos nosotros recibimos mediatamente grandes bienes; él, de acuerdo con el muy noble y leal Ayuntamiento, formó su Colegio, adonde venían jóvenes de los otros pueblos, y del cual salieron multitud de personas útiles

a la Patria y a la Iglesia costarricense. Uno de ellos fué el Ilustre Patriota Presbítero Beneficiado D. José Francisco Peralta, digno sujeto que deliraba por la instrucción y por el bien de su país, y que amaba a Cartago lo probó al interesarse por la creación del Colegio de San Luis Gonzaga, promoviendo el decreto ya citado en el Congreso, de que era su Representante, y por fin en los últimos momentos de su importante vida dejó un legado de valor para la instrucción primaria. Cartago le debe recordar con gratitud. También salieron de dicho Colegio el Señor Presbítero Don Joaquín García, sacerdote sabio y virtuoso, que, en cuanto sus enfermedades se lo permitían, se ocupaba en enseñar y en dar consejos al que los necesitaba. El Señor Don Francisco María Oreamuno, sujeto apreciable por su talento y por lo que sirvió al país en general, desempeñando con el mayor tino los primeros destinos de la República, procurando las mejoras, así en lo moral como en lo material, de su predilecta Cartago. El contribuyó a la creación de este Colegio. El Señor Don Joaquín Bernardo Calvo, ex-Ministro decano del Gobierno de la República, quien desde la Independencia desempeñó el Ministerio y varios otros destinos con la mayor destreza. El cooperó en unión del Señor Peralta a la emisión del referido decreto que erigía el Colegio de San Luis Gonzaga. El Señor Don Joaquín de Iglesias, quien no menos fué promotor de la civilización y lustre de este pueblo, y se interesó por el camino del Norte, siendo víctima de una empresa que es la vida del país. De dicho Colegio salió el virtuoso Monseñor Don Rafael del Carmen Calvo, Deán de esta Santa Iglesia Catedral y Cura que fué de esta ciudad 29 años y 4 meses, en cuyo tiempo ejerció la caridad con los pobres, con las viudas, con los huérfanos y demás necesitados, siendo el ejemplo y modelo del Sacerdote que quiera ser verdadero Apóstol, y un Cura de almas. Promovió la reedificación de las Casas del Señor. Los vecinos de esta ciudad lo recuerdan con respeto y gratitud. Grandes frutos dió el Colegio del Presbítero don Hipólito Calvo, mas como la parca atrevida quitara de su suelo patrio a vecino tan útil como benéfico, varias personas de esta ciudad trajeron al hábil Don Rafael Osejo, quien se dedicó a la educación de la juventud, dando buenos resultados, educando jóvenes de no común instrucción que han sido útiles a su patria; y tampoco pasemos en silencio la dedicación que prestara el malogrado Profesor Señor Subdiácono Don Rosa Montiel en favor de la juventud de esta Ciudad, en el Colegio que por muchos años tuvo, del cual salieron sujetos hábiles para los destinos del país: Sacerdotes, Abogados, Médicos, buenos ciudadanos y padres de familia; la memoria del señor Montiel también nos deberá ser grata. Esta ligera reseña nos hace ver que Cartago jamás abandonó la enseñanza de su juventud, que siempre fué su principal cuidado, y siempre abrigó las esperanzas de tener un Colegio de un modo formal, y para conseguirlo se desprendió de unos terrenos para con sus productos formar este edificio, llevando a cabo

el pensamiento que hoy vemos ya realizado. Honor a la ilustre Representación Provincial de Cartago por sus afanes en llevar a la perfección obra tan útil a esta Ciudad como a la Nación entera. Sí, señores, hoy en medio del más vivo entusiasmo inauguramos el Colegio de San Luis Gonzaga! Que del precioso plantel que se va a formar salgan sujetos capaces, que sean honor y gloria de su País!

Cábele al Excelentísimo Señor Presidente Licenciado Don Jesús Jiménez, la satisfacción de que en su administración pasada se construyera este hermoso edificio y que en la presente se inaugure. Cartago debe a la administración de Jiménez grandes bienes: la protección a la educación de la juventud y el camino a Limón, que es, como he dicho, la vida del país. Si deben serle gratos los vecinos de esta Provincia al Señor Jiménez, no menos lo deben ser a la progresista administración pasada del Patriota Doctor Don José María Castro, quien procuró dar lustre a esta ciudad, dejando monumentos que perpetúen su memoria y le recuerden con gratitud.

Señores, felicitemos a la Ilustre Representación Provincial por el acierto que tuvo al hacer venir tan digno Director como hábiles profesores para este Colegio. Que la Divina Providencia derrame en ellos toda la gracia necesaria para que superen las dificultades y molestias que son consiguientes en la enseñanza de la juventud, para que puedan dar preciosos frutos, lo que nos prometemos de sus luces y no común erudición.

Permitidme, jóvenes que me escucháis, dirigiros mis palabras para recordaros un deber que tenéis, cual es el de dar gracias al Dios de las misericordias por el beneficio que os ha dispensado proporcionándoos todos los elementos para cultivar vuestra inteligencia sin la necesidad de abandonar vuestro País. Sed reconocidos a vuestros mayores, a vuestros maestros y a las autoridades que se han prestado a vuestra dicha. A vuestro cuidado queda el dedicaros al saber con afán y constancia, para llegar a ser algún día útiles a vuestra Patria y a vuestros semejantes, cumpliendo con lo que dijo Cicerón:

«No hemos nacido los hombres para nosotros mismos, sino para ser útiles a nuestros semejantes. *Non nobis nati sunt, nam partem vindicat Patria.*» Y por último, no olvidéis aquella máxima del Sabio: «El principio de la sabiduría es el temor de Dios. *Initium sapientiae est timor Domini.*»

HE DICHO

DISCURSO

DEL SEÑOR VICARIO DE LA PROVINCIA DE CARTAGO, EL
SEÑOR PRESBITERO DON JOSÉ ANSELMO SANCHO,
EN EL ACTO DE LA INAUGURACIÓN DEL COLEGIO DE
CARTAGO.

Excelentísimos señores y respetable concurso:

El hombre es un ser que siente, piensa, reflexiona, inventa, trabaja, comunica sus pensamientos por medio de las palabras, y puede estar a la cabeza de las criaturas a las cuales domina: es la obra más perfecta que salió de las manos del Creador, pues fué hecha a su imagen y semejanza. Pero esta criatura admirable, perdida la gracia por la culpa, y oscurecida su razón natural, llegó a caer en los mayores errores, y a sepultarse en el caos de la ignorancia. Una pequeña luz que quedó en el hombre después de la culpa, fué el primer origen de las ciencias. Nosotros heredamos la ignorancia, que es consecuencia de la culpa, y por esto es por lo que tenemos necesidad de aplicarnos a las ciencias, pues ellas son las que nos perfeccionan y en cierto modo nos dan nuevo ser.

No sólo los autores sagrados, sino también los profanos, comprendieron bajo el nombre de sabiduría todos los conocimientos útiles y agradables. «Feliz aquel», dice Salomón, «que procura adquirir la sabiduría y multiplicar sus conocimientos. Este tesoro prolonga la vida, hace al hombre verdaderamente rico, le cubre de gloria y lo hace pasar sus días en la invención y en la paz». Y me atrevo a decir, señores, que ningún autor profano ha hecho de la filosofía un elogio tan enérgico y elocuente. El mismo Salomón, deseoso de conducir a su pueblo por la senda de la felicidad, pidió al Señor, no riquezas, sino prudencia para gobernarlo, y no sólo le fué concedida su petición, sino que también recibió del cielo una ciencia de las cosas naturales tan singular que su nombre fué asociado a una celebridad que será eterna. Sus conocimientos no fueron vanos ni estériles, pues los empleó en el bien de sus gobernados, formando grandes compañías y expediciones mercantiles que atraieron a los Hebreos tanta riqueza; pues cada uno de ellos vivía bajo su vid y su higuera.

Si a semejanza de aquel pueblo, ofrece a nuestra considera-



ción el antiguo mundo un conjunto de pueblos ricos y poderosos que recogen con abundancia los frutos de las artes y de un vasto comercio, es por el esmerado cultivo que han tenido los estudios. Roma y Grecia, ¿por qué fueron tan célebres? Por el aprecio que hicieron de las ciencias. La ilustración del siglo xix, ¿por qué se ha hecho proverbial? Por el impulso que ella recibe de la mayor parte de las sociedades que pueblan el globo, pudiendo asegurarse que los triunfos admirables que en varias secciones de éste ha conseguido el cristianismo en estos últimos tiempos contra los ataques de la incredulidad, siguen la marcha de la civilización, porque a medida que los hombres son ilustrados en los rayos de una sana filosofía, más se aproximan al conocimiento del Ser Supremo.

El Excelentísimo señor Presidente que conoce que el primer elemento del bienestar social son las ciencias; que para ser libres es menester ser ilustrados, consecuente con su programa administrativo, no ha omitido medio alguno para promover la enseñanza de la juventud, y es por esto acreedor a nuestro profundo reconocimiento.

Amables jóvenes, aprovechaos de los medios que os proporciona el gobierno para vuestra felicidad; dedicaos con asiduidad al estudio de las diversas materias que vais a aprender, y entre vosotros se verán un día ministros dignos del Santuario, que practiquen y prediquen las virtudes y verdades evangélicas; filósofos que hagan conocer las maravillas del Creador; médicos que curen las dolencias a que está sujeta la especie humana; abogados que ejerzan con justicia y equidad su profesión; jueces incorruptibles que vindiquen los derechos del hombre, y legisladores que dicten leyes sabias y justas.

Y vosotros, dignos señores, llenad los deseos del Supremo Gobierno consagrando vuestro empeño a la instrucción de la juventud; y cuando ésta se vea en una alta posición os dirá lo que el hijo de Filipo a su maestro Aristóteles: «que os debe más que a sus padres».

DISCURSO

DEL SEÑOR VICARIO DON JOSÉ ANSELMO SANCHO, CON
MOTIVO DE LA APERTURA DEL CURSO EN EL COLE-
GIO DE CARTAGO, EL DÍA 8 DE ENERO DE 1871.

(BELLA DEFENSA DE LAS HUMANIDADES)

Mientras al otro lado del océano una guerra gigantesca, cual nunca se ha visto en el siglo XIX, devasta casi la mitad del Continente Europeo, y hace derramar a torrentes la sangre de dos grandes naciones, la Providencia nos ha dispensado el inestimable bien de reunirnos en paz profunda para discutir y dar impulso a la más noble tarea de la paz: la instrucción de la juventud.

Digo la más noble tarea y pudiera añadir la más importante; pues a la vez que todos los demás ramos de la acción humana se contraen a las exigencias del momento presente, la enseñanza extiende sus benéficos y civilizadores efectos a las generaciones futuras; y al mismo tiempo que su objeto es elevar al individuo a la altura de su sublime misión y desarrollar en él las facultades divinas de que está dotado, ese fuego de Prometeo, procura también formar y organizar las sociedades que llamamos naciones porque ellas se componen de individuos.

En este vasto cuanto profundo campo de la instrucción pública todos hemos de concurrir con nuestro trabajo a fin de que el plantel que sembramos para un porvenir más o menos remoto sea frondoso y fuerte y produzca opimos frutos. Sobre todo, es la obligación más sagrada del sacerdote, cuyo ministerio consiste en moralizar el alma en esta vida y prepararla para la eterna, cuyo imperio continúa aún más allá de la tumba, desplegar todas sus fuerzas, toda su inteligencia para contribuir a que la enseñanza de la juventud cumpla con sus altos fines. Estas reflexiones, señores, son los motivos porque he tomado la palabra. Nos hemos reunido hoy para celebrar la apertura del curso académico que debe darse en este establecimiento creado por el espíritu religioso y humanitario de sus fundadores, sostenido, ampliado

en lo posible y abierto a la enseñanza por la liberalidad del Supremo Gobierno y muy particularmente por la de la ilustre Representación Provincial y padres de esta ciudad. No vacilo en manifestar que atendido el corto tiempo de su existencia son bien notorios los progresos que se advierten por los exámenes que han precedido.

No basta que el niño en la escuela y en un cierto tiempo aprenda la mayor suma posible de conocimientos positivos; es preciso antes de todo formar su corazón y su carácter, desarrollar su inteligencia para que se acostumbre a pensar y juzgar por sí; no basta la instrucción, aunque estoy muy lejos de desconocer su mérito, si no se junta constantemente con la educación. La tarea consiste en formar hombres útiles a la sociedad y esto no se consigue con puros ejercicios de la memoria.

La educación de las facultades mentales supone la de las físicas. Una alma sana no existe sino en un cuerpo sano. Además, en los países pequeños que se rigen bajo el sistema republicano, la escuela es el lugar donde se prepara el ciudadano para la defensa de la patria.

Se ha criticado que el programa de este Colegio concede un lugar preferente a la enseñanza de los idiomas clásicos, el griego y el latín. Tal opinión me parece equivocada. No podemos desestimar su gran influencia en los estudios científicos universitarios, olvidándonos de que los libros y fuentes de nuestra sagrada religión, los más eminentes Códigos que forman la base de nuestra jurisprudencia, y no solamente la literatura clásica, sino también la mayor parte de la del medioevo están concebidos en estas lenguas; pero aún prescindiendo de eso debemos tener presente que el estudio de estos idiomas es idéntico con el de la gramática general, o indispensable para el de todos los idiomas romanos a que pertenece también nuestra lengua nacional. Hay más; la interpretación y exposición de los autores clásicos, griegos y latinos, es el medio más eficaz para enseñar el método de las ciencias y darles un resultado mucho más importante que la acumulación de conocimientos positivos, tantas veces borrados y disminuidos por el tiempo, porque enriquece las ideas propias, estimula la capacidad de reflexionar y facilita a toda hora el llenar los vacíos y recobrar lo olvidado.

He aquí por qué estoy convencido de que la enseñanza de los idiomas antiguos bien arreglada es un elemento indispensable de la buena enseñanza, tanto más cuanto que en el programa de nuestro Colegio está combinado con la de los principales idiomas modernos: Inglés, Francés y Alemán.

No puedo concluir sin indicar brevemente una de las más grandes ventajas que promete el programa del Colegio, y es la consideración especial que brinda al estudio de la historia y geografía, ramos hasta ahora desgraciadamente descuidados entre nosotros. Nuestra civilización se ha desarrollado sucesiva y orgánicamente en el trascurso de los siglos; sin el estudio de la his-

toria no puede comprenderse lo pasado, pues todo pensamiento, todo progreso, toda institución, recibe su verdadera explicación e inteligencia solamente bajo el reflejo de su época, y en conexión con los hechos que la acompañan; y mucho menos se comprenderá la actualidad, el porvenir, distintivo principal del hombre culto y pensador. La Historia es un libro abierto para el que sabe leer. La historia nos manifiesta las leyes que rigen al mundo moral, las leyes que determinan la elevación y la decadencia de las naciones y de los individuos; lo que la razón vale para el individuo, la historia lo es para el linaje humano.

Demos, pues, las más significativas gracias al Señor Director y sus dignos compañeros, por la hábil dirección de este interesante instituto, cooperemos para realizar sus benéficas intenciones y las elevadas miras de sus fundadores y sostenedores, y entreguémonos a la halagüeña esperanza de que no esté lejos el tiempo en que el Colegio de San Luis Gonzaga, favorecido por tantas circunstancias accesorias, sea el centro de educación para un círculo más extenso que el de esta República.

CARTA DEL DOCTOR FERRAZ

San José, 19 Sept., 1912.

Sr. D. Mario Sancho

Estimado amigo:

Leo con mucho gusto y le agradezco su lindo cuadernito de «Palabras de ayer» y «Consideraciones actuales». A propósito de las cuales me permito hacerle y decir a usted algunas, sugeridas de paso, al leer, y de primera intención: impresiones mías que nada valen para otros lectores, pero que a usted mismo pueden convenir: confianzas de hombre a hombre y en secreto amigable, que no han de pasar de manuscritas a impresas y echadas a la calle, al vulgo profano, burgués y filisteo zafio, aunque lo gradúen de bachiller en humanidades modernas.

Bastante distanciados en edad, usted y yo,—digo, ¡me parece!—estoy por declararle que, en general y a fondo, simpatizo con sus ideas..... con todo y haber muerto yo para los jóvenes alumnos de mis alumnos ya viejos y achacosos y para retirar del servicio. ¿Y eso, por qué? Acaso porque apenas llega usted a la vida y puede llamar la atención de los viejos que no hayan perdido aún del todo sus entendederas. Sí, amigo, y quédese *inter nos* esto. En grande simpatizo con usted por sus «Palabras de ayer», que de hecho son parecidas a las mías de antes, de ahora y siempre; por más que no haya sabido decirlas yo tan bonitamente como los bien hablados que, tirando a poetas, son retóricos de profesión.

Porque también he visto yo en idea y de fuente original, como viajero de comercio, esas inmortales regiones clásicas que usted canta con modernos dejos de lectura francesa, pero en castellano claro y corriente, y que sus contemporáneos de colegio apenas podrán ver ni tan siquiera en sueños. Esos *prácticos* viven *au jour le jour*, con el «pan nuestro de cada día», sin pasado ni porvenir..... y cuenta que no valen excepciones—las cuales, en todo caso, confirmarían la regla.

¡Lástima de tiempo y entendimientos, perdidos en la torpe

noria del ciclismo pedagógico que llaman positivo y práctico! Si alguien se salva de tal deporte y puede levantar cabeza como usted, es, pura y simplemente, por excepción. De regla... salen como el *hijo de Albino*, de quien consta en Horacio, que sabía sumar y restar, hacer cuentas y por lo demás, estaba *herrumbroso*, comido del orín metálico de entonces, que es el mismo de ahora.

Pero dígame usted, si bien se mira, ¿qué es lo práctico y positivo?, ¿la riqueza que pasa? ¿o lo permanente, siempre vivo, fecundo y alentador de las ideas inmortales? Y en cuanto a sueños y soñadores, no sé quien ni los que más lo sean.

«Sueña el rico en su riqueza
que más cuidados le ofrece,
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza.»

Y lo demás que usted sabe, porque sin duda habrá leído algo de nuestro romántico «Teatro Clásico».

Así hubo de leer a los Griegos, del teatro y la Agora y las Escuelas, y así, de cierto, los conoce Pierre Louys, por ejemplo, en sus nueve años de Humanidades, con larga cola, tal vez, de *l'Ecole d'Athènes*, para contarnos algo de eso en sus deliciosos libros y hasta en su cuento aterrador del «Hombre de Púrpura». Ese cuento trágico, esquilino, enseña mejor que la historia en regla, documentada, acerca de una civilización bárbara y la característica de un pueblo que sentía el arte, así como su infantil ligereza de mariposas quedó clavada en otro cuento, de Demóstenes, cuando impedido de hablar, les paró los pies a los atenienses, diciendo algo acerca de la sombra de un borrico.

Hace usted muy bien, según pienso, en vapulear solemnemente a sus contemporáneos y *cuasi* condiscípulos en Derecho, escolásticos sin latín ni más educación secundaria que la de «Escuela Real» para burgueses del comercio de *made in Germany*, traída aquí, como agua chirle, por arcaduz chileno, para abreviar una juventud *práctica* que jamás pudiese hacer sombra, ni menos eclipsar a los *parvenus* del Olimpo.

Ahora, cuanto a sus «Consideraciones actuales», también me parecen del caso muchas censuras que usted hace con razón y en buen castellano, mucho mejor, a la verdad, del que suelen usar aquí algunos maestros de lo mismo, a ciencia y paciencia de quien les paga sus escandalosos solecismos. Nadie duda—y casi es por demás declararlo—de que en educación y moralidad, todo anda el país muy de capa caída y cada vez más arrastrada y puerca. Pero mucho y muy provechoso se debe a la presente situación política.

En esto no quiero extenderme, como pudiera; puesto que siendo yo—aunque mínimo y atrofiado—miembro de la caballería andante, pudiera creérseme interesado... Y en eso de pensión suprimida a jóvenes de porvenir, también se suprimió a viejos de

cierto pasado recomendable. Después de todo, amigo mío, hay mucho que esperar de las cajas rurales y de la propaganda científica sobre regadíos y abonos, así como también sobre el cultivo de papas y maíz perfeccionado.

Finalmente debo decir a usted, siempre en secreto de amigos, que no escriba «Es con pena que nos referimos», ya que usted sabe decirlo en castellano. En nuestros vasos cabe todo el *champagne* que se quiera. Deje al *trapezita* en mesa, sea judío, sea cristiano, que también los hay de éstos; y escriba siempre de tal modo, que hasta los analfabetos le entiendan. Esto se lo digo porque usted merece la verdad. Usted puede escribir mucho mejor que la generalidad de sus paisanos; y al efecto, debe leer ciertos libros de alta y regocijada enseñanza, como «El Criterio», de Balmes, las novelas de Pereda, y las críticas de Clarín, Azorín y sobre todo, todo cuanto escribió nuestro diplomático Voltaire Don Juan Valera.

Conque, dispensar esta lata y creer en la sinceridad del amigo y servidor,

VAL. F. FERRAZ

DISCURSO

PRONUNCIADO POR DON MANUEL DE JESÚS JIMÉNEZ EN
OFRECIMIENTO DEL HOMENAJE QUE LA SOCIEDAD
COSTARRICENSE TRIBUTÓ AL DOCTOR FERRAZ EL
27 DE ABRIL DE 1913.

Era el año de 1869. El Doctor Don Valeriano Fernández Ferraz, recién venido de España, se preparaba entonces a comenzar su magnífica carrera magistral en Costa Rica, y, desde antes de abrir su prolífica aula en el Colegio de San Luis, ya contaba con un discípulo que le rindiera homenaje de gratitud, porque ya se había dignado tenerme junto a sí, a su lado, en calidad de pupilo. Yo soy, pues, por razón de edad el primero, el más viejo de sus discípulos. Esa es, señores, la única credencial que me acredita para levantar mi voz de primero en este inusitado acto de la sociedad costarricense, y ese el motivo, la prioridad de tiempo, el único motivo por el cual mis condiscípulos me han discernido el alto honor de ofrecer al sabio y virtuoso maestro este festival que se celebra aquí como testimonio público del profundo agradecimiento que especialmente ellos le guardan, pero que también trasciende a todos cuantos saben darse cabal cuenta de la influencia bienhechora que ejerce en las sociedades humanas la cultura intelectual, y de los sacrificios innúmeros que impone el apostolado de mantenerla y propagarla entre los hombres.

Era, pues, el año de 1869, cuando el Gobierno de Costa Rica, dando nuevas orientaciones a la cultura intelectual del país, emitió las conducentes disposiciones legales para la organización seria, metódica, científica, de escuelas primarias y colegios de segunda enseñanza, y cuando en seguimiento de tan alto fin, hizo venir acertadamente a Don Manuel María Romero para la escuela y al Doctor Ferraz para el Colegio.

Yo no estoy autorizado con mis escasas aptitudes, ni es ésta tampoco la ocasión oportuna para entrar en la disquisición técnica del plan de estudios que sirvió de marco a la personali-

dad docente del Doctor Ferraz, así en el Colegio de Cartago como en el Instituto Universitario, que no es el objeto de esta fiesta, tácito ni expreso, defender ni combatir sistema alguno de enseñanza; pero, eso no obstante, sí puedo afirmar con el testimonio de los hechos, que en los anales del magisterio costarricense ha de figurar el Doctor Ferraz como innovador fecundo, perseverante y bueno, y también que en la historia del país ha de significar su llegada el comienzo de una nueva etapa de impulsos sucesivos, ascendentes y bien intencionados hacia el mejoramiento de la instrucción pública, timbre de honor desde aquel entonces para nuestra pequeña Costa Rica; y lo afirmo, porque él, como Director y Profesor, tuvo la eximia cualidad de mantener por entre sus divagaciones eruditas la tendencia persistente de ir siempre hacia la investigación de la verdad, y de infundir a sus alumnos, mediante la gimnasia intelectual a que los sometió, el firme empeño de estudiar y el noble anhelo de saber más y más.

Loable misión la suya, señores, que así le hizo cruzar el ancho mar, dejando, allá, abandonados y perdidos, junto con sus recuerdos juveniles, el patrio suelo, su gente propia, su rango universitario, para venir a levantar en tierra nueva aquella cátedra docente que tuvo por peana su virtud y por dosel su ciencia.

Loable misión la suya, señores, que así le hizo derramar a manos llenas el caudal de su talento, poniendo delante de sus ávidos alumnos, ora las escondidas maravillas de la naturaleza para que empeñados ellos en comprenderlas, pudieran luego aprovecharlas, ora la naturaleza humana y sus evoluciones a lo largo de la historia, para que tomasen ellos la enseñanza de cultura moral, social y política; modelando, en fin, el hombre armónico de que nos habla sin cesar la pedagogía contemporánea.

Loable misión la suya, señores, la de enseñar a quien no sabe; misión en la cual puso él todos sus sentidos y potencias, todos sus anhelos y complacencias, hasta darnos hoy, cargado de años y merecimientos, ya trémulo su cuerpo, ya nívea su cabeza, esta magnífica lección objetiva de cuánto significa y cuánto vale la verdadera vocación del magisterio; confirmándose así una vez más la sabiduría de aquella sentencia bíblica que dice: sembrad y recogeréis.

Fecunda siembra, en verdad, la de este sabio Profesor. Mirad, señores.

Era el año de 1869. El Doctor Don Valeriano Fernández Ferraz, recién venido de España, se preparaba a comenzar su magnífica carrera magistral en Costa Rica, y yo, que era entonces su pupilo, le acariciaba sirviéndole de guía en expediciones campestres, que fortalecieran su cuerpo antes de emprender su labor, y así, le iba mostrando el verde prado o la colina amena, el dormido río o la espumante catarata y los mil primores naturales que atesora el plácido valle de Cartago; y hoy, después de cuarenta y cuatro años transcurridos, cuando ya yo también voy llegando al ocaso de mi vida, vuelvo a servirle de guía para que

a través de su ingénita modestia, contemple desde aquí y reconozca en torno suyo los opimos frutos que sembró al cooperar eficazmente en la nobilísima tarea de acrecentar la cultura intelectual de Costa Rica.

En efecto, he aquí, señor, a vuestro lado, la prensa costarricense que, iniciadora de este justiciero festival, ha tejido con artículos fervientes la corona del reconocimiento público asentada hoy en vuestras sienes; he aquí esa apuesta juventud capitalina, que es símbolo de la perpetuidad de la patria y que ha de ser fuerza propulsora del progreso, cómo acercándose a vos para mirar de hito en hito un glorioso pasado, toma nuevos y mayores bríos en seguimiento de un glorioso porvenir; he aquí la clase obrera de la capital, espejo fidelísimo en donde se reflejan las virtudes del pueblo costarricense, cómo, penetrada de la evolución prodigiosa que engendra la instrucción pública, también toca hoy con fe viva la orla de vuestro manto doctoral; he aquí esa gentil dama y bella señorita, emblema de la participación que toma la mujer en el magisterio nacional, cómo se apercibe a poner en vuestro pecho la medalla simbólica de vuestros altos merecimientos; ved, en fin, señor, esos brazos innumerables que se levantan para aplaudiros, y escuchad esas voces que claman unísonas, deseando para vos más largos años y más plácida existencia, y que a través de mis pobres pensamientos y de mis triviales frases, resuenan como si dijeseis: vivid, o noble y bienhechor anciano, vivid, vivid.



DISCURSO DE CONTESTACION DEL DOCTOR FERRAZ

Amigos míos:

Siempre que en mis cátedras «por oposición» hablaba, después de preparar las lecciones y ejercicios de clase, como haría cualquier alumno estudioso, sentía yo los más vivos deseos de entender y darme a entender de mis compañeros con claridad y fuerza efectivas.

Pero todo aquello era poco, en comparación de lo que ahora me sucede en esta cátedra que me habéis dado «de real orden», puesto que nada más real, más soberanamente voluntario, y sobre todo, más «de favor» que el presente homenaje, más benévolo que merecido.

Porque debe reconocerse, como creo haber declarado en varias ocasiones, que el primero y más importante servicio, en pró de la cultura nacional, corresponde a la escuela primaria: a su merítísimo magisterio de «leer, escribir y contar», viniendo todo lo demás por añadidura.

Mi cooperación ha sido «secundaria», en todos sentidos, sin agregar ninguno al educando, cuanto a su cuerpo; si bien con reverentes miras de conservar íntegras sus actividades y potencias. Porque tengo por cosa cierta, mostrada en hechos, que no debe falsearse el equilibrio humano.

Y quiero decirlo así, en esta solemne ocasión, porque acaso pueda explicarme por ello el patente reconocimiento público de mi acción educatoria, tan racional como práctica y de claro efecto, tan conveniente a la naturaleza humana, como respetuosa de la conciencia y espíritu de lo eterno.

Hay en esto algo de santo, intangible, uno mismo, siempre que dure siendo una misma la naturaleza racional; y por lo tanto, libre de sistemas pedagógicos y tendencias particulares, sólo puede y debe orientarse hacia la luz de su propio ser y esencia, sin otro interés que el de sí mismo.

No hay, con todo eso, explicación posible a tantas bondades como éstas de que se me hace objeto, y no hallo palabras

que puedan expresar mis debidas gracias, y las emociones que vuestra distinción cariñosa ha despertado en lo más hondo de mi alma. ¡Son muchos y diversos los orígenes de cuanto pasa!

Ahí están mis primeros alumnos, de ahora cuarenta años, los *primates*, que dice la prensa madrileña, de esta administración y el Gobierno de la República. ¡Cómo corresponder a su noble cooperación, tan elocuentemente significada por quien más brilla en vuestras luchas parlamentarias!

Ahí ha sonado la voz del Ateneo, cuyas vibraciones juveniles y cuyos ecos de precoz sabiduría llenaron el perfumado ambiente de estos jardines. Ahí los maestros y los aprendices, los grandes hombres del porvenir, que hoy son estudiantes, con cariñoso respeto hacia el viejo condiscípulo de sus padres.

Ahí están mis laboriosos compatriotas del comercio, artes y profesiones, nobles hijos de la Nación que un día dió maestros a Roma, otro día descubrió la América, y hoy recupera el amor de veinte hijas suyas, Repúblicas de constante progreso en su educación política. ¡Mucho hay de agradecer en eso!

No menos obligado estoy a tantos jóvenes alumnos de mis alumnos, ya de la segunda campaña, y como tales, nietos pedagógicos y más amados para mí. Y en general, amigos míos, siento como una fuerte mar de fondo y el poderoso respirar de un pueblo, que impulsa y me suspende sobre mí mismo.

A todos, y por todos y para siempre, quiero mostrar mi gratitud, mi más vivo agradecimiento a tantas bondades y tan ardientes simpatías. Pero, por muy expresivas que fuesen mis palabras, no bastarían ahora para significar cuánto deseo, cuánto debo decir en mi presente situación.

Siempre admiré la palabra en acción, y la escrita con elocuencia. Pero entiendo que, en ambos casos, recibe por igual su eficacia, de quien habla y escribe y de quienes leen o escuchan de buen grado. Póngase aquí, ruego a todos, lo que falta de mi parte y sépase que me apropio el conocido proverbio árabe: «la palabra es plata y el silencio es oro».